

B. Pública de Burgos



74657913 BU 9761

FÁBULAS Y POESÍAS

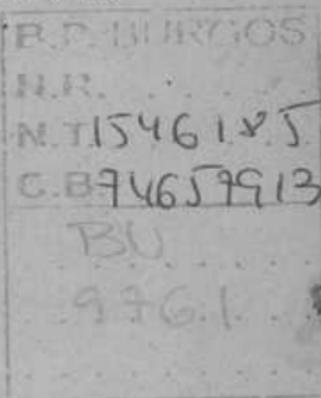
MORALES Y RELIGIOSAS

POR

Don Julián Chave y Castilla

PROFESOR DE LA ESCUELA NORMAL DE MAESTROS
DE BURGOS

*Obra aprobada
por la Autoridad eclesiástica y por el Real Consejo
de Instrucción Pública por R. O. de 23 de Junio de 1890,
para servir de texto de lectura á los niños en las
escuelas de primera enseñanza.*



VALLADOLID

Imprenta y Librería Religiosa de Andrés Martín
Sucesor de los Sres. Hijos de Rodríguez.

1904

Es propiedad y queda hecho
el depósito que marca la
Ley.

AL LECTOR



Caro lector, si á tus manos
este librito llegare,
que contiene poesías
y fabulitas morales,
no mires á los defectos
que tuvieren de lenguaje;
atiende á los pensamientos
que se expresan en sus frases:
considera que es la escoria
la que envuelve á los diamantes
y no se aprecia por ella
lo que dichas piedras valen:
no olvides que se dedican
á pequeños escolares
para que á leer aprendan
fabulitas en romance,
que al paso que les deleiten
sirvan también á enseñarles
de la religión cristiana
las más sublimes verdades.
Ojalá que en la memoria
profundamente las graben
y cumplan bien los preceptos
que de sus sentencias nacen:

amen á Dios lo primero
al prójimo y á los padres,
hagan siempre bien á todos
y no causen mal á nadie.
Este ha sido mi deseo,
y si fué bueno él me salve,
pues bien merece indulgencia
quien tuvo intención laudable.
En fin, para que no tengas,
lector, más que perdonarme,
hago punto, y Dios benigno
nos perdone á todos. Vale.





LIBRO PRIMERO

FABULAS MORALES

I.

El buen deseo.

- En una pobre aldehuela
que hay cerca de mi lugar,
quiso al maestro imitar
un labriego, y puso escuela
sin saber deletrear.

Era el propósito grave
porque ignora el *abecé*;
pero emplea cierta clave
con la cual el caso es que
enseña lo que él no sabe.

Mas la rara habilidad
de tan prodigioso invento
consistía en la bondad,

y en suplir la voluntad
lo que faltaba al talento.

Se fundaba en el amor
la base de su enseñanza
con un prudente rigor,
porque con esta templanza
el resultado es mejor.

Con frase poco galana
á los pequeños exhorta
y da educación cristiana;
que la expresión poco importa
siendo la semilla sana.

Y los niños maravillas
hacían con su memoria
dando lecciones sencillas
de catecismo, de historia,
de cuentas y otras cosillas.

Tanto ingenio demostraba
y tal método seguía,
que en la aldea se decía,
que á los niños enseñaba
lo que él mismo no sabía.

Y aunque aventurado sea
de la voz pública el juicio,
el hombre con su servicio
prestaba en la pobre aldea
un inmenso beneficio.

Su acción sería laudable
en el mundo, según creo,
pues, *no hay obra despreciable
que no sea disculpable
si es hija de un buen deseo.*

Como al maestro rural
me anima el deseo igual
de educar los tiernos niños,
sin retóricos aliños,
en la cristiana Moral.

Por eso; amable lector,
ruego tengas á la vista
que, á tu crítica, mejor
quiero, ser mal fabulista,
que mediano educador.

II.

A LOS NIÑOS



El grano de trigo.

Tiernos niños en vuestra memoria
grabad lo que os digo,
porque voy á contaros la historia
de un grano de trigo.

Y fué el caso, que cierto labriego
un grano sembró,
que, merced al abono y al riego,
pronto germinó.

La raíz internóse en el suelo,
porque es donde prende,
y la caña elevóse hacia el cielo
porque al cielo tiende.

Poco á poco, creciendo pujante,
formóse la espiga;

y los granos que ostenta arrogante
al hombre prodiga.
Estos mismos, de nuevo sembrados,
brotan y florecen,
y á su tiempo otros granos dorados
al labriego ofrecen.
Así continúa los granos sembrando
que aquellos le dieron,
y de esta manera, naciendo y granando,
otros produjeron.
Y aumentando fueron en tal progresión
que forman granero,
debiendo su origen el rico montón
al grano primero.
*De este caso, niños, podéis inferir
la ley bien sencilla
de lo que en vosotros podrá producir
la buena semilla.*

Yo, como el labriego, deseo sembrar
del bien un granito,
para que vosotros le hagáis producir
hasta el infinito.

III.

AL MAESTRO



Los dos corceles.

Por el áspero camino
que Dios le tiene trazado,
marcha un hombre apresurado
al punto de su destino.

Tiran bríosos corceles
del carruaje en que camina,
y al dueño que les domina
no siempre obedecen fieles.

El uno ligero y vivo,
de porte gentil y hermoso,
tiende veloz y animoso
hacia su origen altivo.

El otro indolente y tardo,
de aspecto rudo y grosero,
se lanza impetuoso y fiero
hacia su origen bastardo.

Y como son tan distintos,
de caracteres tan varios,
de principios tan contrarios
y tan opuestos instintos,
luchan con fiero coraje
por romper en mil pedazos
los inquebrantables lazos
que les atan al carruaje;

y cada cual el primero
en su insensata carrera
hacia su ideal quisiera
arrastrar al compañero;
sin mirar que su egoísmo,
y marcha desenfrenada,
tendrán por fin de jornada
dar los dos en el abismo.

Término de perdición
que evitarían prudentes,
si ambos fueran obedientes
á la voz de la razón,
quien, como maestra, uniera
á los gallardos corceles
con lazos firmes y fieles
mientras dure su carrera.

El cuerpo y el alma son
los corceles aludidos,
que deben marchar regidos
por la buena educación.

Harmonía que no en vano
la pedagógica ciencia
establece en lo sentencia:
Mens sana in corpore sano.

Y con esta disciplina
logrará el hombre victoria,
mientras de paso á la Gloria
por este Mundo camina.

IV.

El trabajo y la ociosidad.

En una oscura aldea
vivían dos vecinos
de opuestos caracteres,
de genios muy distintos.

El uno laborioso,
inteligente, listo,
sobresalía diestro
del campo en el cultivo.

Para la siembra escoge
el grano más rollizo,
cuidando que el terreno
esté abonado y limpio.

Procura á las labores
el tiempo más propicio,
y en todas sus faenas
trabaja con ahineo.

Cuando el verano pinta
las plantas de amarillo,
se afana en recogerlas
con trabajo prolijo.

Aunque tueste su frente
el caluroso estío,
las mieses siega y ata,
maneja en la era el trillo.

No reposa un momento,
ni está un punto tranquilo,
temiendo que sus plantas
destruya algún pedrisco.

Mas cuando las labores
de agosto han concluido,
contempla sus paneras
llenas de rubio trigo.

El labrador entonces,
contento de si mismo,
descansa, y á los cielos
muéstrase agradecido.

Con los sabrosos frutos,
á su sudor debidos,
sustenta á su familia,
ampara al desvalido.

Espera que el Eterno,
de su afán condolido,
le premie su trabajo
con favores divinos.

A este era contrario
el otro campesino,
que vive en la indolencia
y en el mayor descuido.

No trabaja sus tierras
que, al estar sin cultivo,
dejan crecer en ellas
los cardos, los espinos.

En vez de rubios granos
lustrosos y rollizos,
cosecha escasos frutos,
atizonados, chicos.

Bien pronto en la pobreza
vióse el hombre sumido,
y se halló sin granero,
sin casa y sin abrigo.

Al cabo el negligente

á tal miseria vino,
que pidé una limosna
y muere en un asilo.

*A todos esta fábula
nos pinta muy al vivo,
que el trabajo y la holganza
son contrarios caminos:*

*y que así como lleva
el primero á ser rico,
llevan á la pobreza
la ociosidad y el vicio.*

V.

Resortes ocultos.

Iba per tardes y noches,
en la estación calurosa,
una turba bulliciosa
á un teatro de fantoches.

Niños de pocos abriles
que ansían grato recreo,
después de activo paseo
y de juegos infantiles.

Pequeños que de la mano,
ó en brazos de sus niñeras,
pasan horas placenteras
en teatros de verano;

en donde las criaturas
gustan ver como funcionan,
como relatan y accionan
las diminutas figuras;

excitando su interés
las peripecias del drama,
aunque de la acción la trama
haya tejido un ciempiés.

Los pequeños se arrebatan,
cuando los muñecos fieros
echan mano á los aceros
y despiadados se matan;
sobre todo si algún diablo
con un enorme garrote
hace lo que don Quijote
con el famoso retablo.

Porque no hay mayor proeza
para el concurso inocente,
que el no dejar un valiente
un títere con cabeza.

Como juzgan animados
los autómatas que miran,
los pequeñuelos se admiran
y aplauden entusiasmados.

Sencillos espectadores
no advierten bajo la tabla
á los que dan vida y habla
á los *pasivos* actores.

Los niños divertimento
hallan en ver tales bultos,
sin penetrar los ocultos
resortes del movimiento.

*¡Inocentes! no es extraño
que den en tales errores,
si vemos á los mayores
caer en el mismo engaño;*

Porque en muchas ocasiones

*se tuerce el humano juicio,
acultando su artificio
el móvil de las acciones.*

VI.

Huyendo de Caribdis....

Hay en el mar de Levante,
no muy lejos de Sicilia,
un célebre remolino
y una renombrada isla.

A aquel le llaman Caribdis,
á esta la nombran Escila,
y se hallan ambos lugares
uno de otro muy cerquita.

Entre los dos media un paso
de extensión tan reducida,
que á dos peligros contrarios
expone á las navecillas.

Si por acaso no es hábil
el piloto que las guía,
y por en medio de aquellos
la aguda proa no enfila,
huyendo del remolino
van á estrellarse en la isla.
ó bien, por evitar esta,
en aquel se precipitan.

Así á los hombres sucede
frecuentemente en la vida,
que por huir de un extremo
hacia el opuesto se inclinan.

Se dice que la virtud
en un justo medio estriba,
y en tan estrecho camino
son fáciles las caídas;
porque, *no siendo prudentes,*
es cosa ya muy sabida,
que por huir de Caribdis
vamos á dar contra Escila.

VII.

Agentes externos.

A la misma población
llegaron en su pollina,
un hombre vendiendo harina
y otro vendiendo carbón.

Lleva el uno, cosa clara,
traje y rostro blanqueados;
el otro lleva tiznados
también el vestido y cara.

Había otros vendedores
que, mirando á estos con pausa,
desean saber la causa
de tan opuestos colores.

Y ambos acordes replican.
que es preciso en su exterior
tener el mismo color
del objeto en que trafican.

Sencilla contestación
que convenció plenamente,
y sugirió á algún oyente
la siguiente reflexión:

*Si el polvo en el aire llega,
nosotros lo recibimos,
y el ejemplo en que vivimos,
del propio modo se pega.*

VIII.

Signos exteriores.

Antiguamente tenían
la costumbre de alquilar
mujeres para llorar
por los ricos que morían;
y aunque, al parecer, sentían
las fingidas plañideras
la desgracia tan de veras,
interiormente gozaban,
porque la paga esperaban
de sus lágrimas arteras.

*No faltan en nuestros días,
entre los pobres mortales
personas que dan señales
de análogas arterias:
se cree en las alegrías,
y lo mismo en los dolores,
que son los consoladores
de las desgracias ajenas;
mas son sus dichas y penas
falsos signos exteriores.*

IX.

Los reidores.

En el lugar más público
de un gran teatro clásico,
pintaron una máscara,
que es símbolo dramático.

Era la tal carátula
de mirar antipático,
y de risa sardónica
nacida de humor báquico.

Impasible y estática
al ver el espectáculo,
eran para ella idéntico
lo mínimo y lo máximo.

De los dichos impúdicos,
de los obscenos cánticos,
de las posturas lúbricas
del arte coreográfico;
de las escenas tétricas,
de los hechos anárquicos,
de los actos magníficos
y de los cuadros mágicos;
de lo feo y estético,
de lo inocente y cáustico,
burlábase satírico
el mascarón impávido.

*Espiritus escépticos,
corazones apáticos,
que halláis todo ridículo,
como el busto mecánico,*

*no olvidéis que lo lógico
y lo más axiomático,
es reír en lo cómico,
y llorar en lo trágico.*

X.

La razón de la fuerza.

Conocida es la fábula
del asno y el león,
que á cazar en las selvas,
marcháronse los dos.

Se dice que una presa
cogieron superior,
y que al hacerla partes
el más fuerte exclamó:
—«Yo tomo la primera
por llamarme León;
la segunda me apropio
porque más fuerte soy;
la tercera es debida
á mi extremo valor;
y ¡ay pobre del que quiera
tocar la que quedó!»

No añade el fabulista
si el asno protestó;
pero es igual, sería
inútil su clamor.

*Que hay seres en el mundo
de instinto tan feroz,
que en la fuerza tan solo
consiste su razón.*

XI.

Amor paternal.

En un día de asueto
una turba de niños,
alegre y bulliciosa,
á una pradera fuese á buscar nidos.

Y saltando las tapias
ligeros y atrevidos,
se internan en el bosque
y trepan á los árboles muy listos.

En las ramas encuentran
huevos y pajaritos,
que en los nidos tenían
los tordos, ruiseñores y pardillos.

Arrebatan cuanto hallan
los intrépidos chicos,
causando más extrago
que la oruga, langosta ó el granizo.

Impasibles dan muerte
á los polluelos tímidos,
y sin piedad alguna
estrellan los pintados huevecillos.

Estando en tal faena
de guerra y esterminio,
atrapa á algunos nenes
un guarda que aparece de improviso.

A su cabaña entonces
condúceles cautivos,
hasta del mal causado
al dueño de la finca dar aviso.

Mas al llegar la noche,
sin recibir auxilio,
lloran desconsolados
y claman por volver al patrio asilo.

«Nuestros amantes padres,
(decían los chiquillos)
estarán con cuidado
pues nos cuentan sin duda por perdidos.»

«¡Hola! ¿con que vosotros
(el guardabosque dijo)
concéis lo que sufren
los padres cuando pierden á sus hijos?»

Pues sabed, picaruelos,
que padecen lo mismo
las tiernas avecillas
cuando robáis vosotros sus pollitos.»

XII.

La adulación.

A un afamado pintor
encargó hacer su retrato,
un poderoso señor,
que era feo y mentecato.

El retratista copió
fielmente la facha aquella;
pero el señor rehusó
su imagen por no ser bella.

Quiere el artista dar gusto,
pues espera honor y prez,
y al señor, bello y robusto
pintóle segunda vez.

Entonces el retratado
halló su copia excelente,
y al pintor, entusiasmado,
regaló espléndidamente.

Es seguro que el artista
dedujo por experiencia
sin ser un gran silogista,
la siguiente consecuencia:

*Del hombre la presunción
prefiere en su vanidad,
retratos de adulación
á copias de la verdad.*

XIII.

El mal ejemplo.

Una obra sin igual
un hombre de bien hacía,
pero se la destruía
después un hombre de mal.

*Así la obra moral
que el buen maestro construye,
cuando á los niños instruye,
es de un efecto infecundo,
si el mal ejemplo del mundo
con su influjo la destruye.*

XIV.

Los dos sombreros.

En el mismo mostrador
de una magnífica tienda,
dos sombreros nuevecitos
esperando están su venta.

El uno es de basto fieltro,
el otro de fina felpa,
y ambos por suerte encontraron
compradores en la feria.

Un labriego toma el basto,
un rico el fino se lleva,
luciendo los dos sus compras
en las principales fiestas.

Quiso la fortuna un día
(el mundo da muchas vueltas)
que los dueños de ellos fuesen
á visitas de etiqueta;
y de nuevo se encontraron
los sombreros en la percha;
saludándose corteses
por ser amigos... de tienda.

El más fino al compañero
le dijo de esta manera:
«Amigo, poca fortuna
tuve en la pasada feria,
pues vine á poder de un dueño
que tiene mala cabeza.

Soy testigo, sin quererlo,
del poco seso que encierra,

de lo torpe que discurre
y de lo malo que piensa.

En su vacío cerebro
no parece que se alberga
un espíritu en que brille
la luz de la inteligencia:
y las demás facultades,
que en el mismo se revelan,
yacen sin vigor ni vida
esclavas de la materia.»

«Pues á mí (replica el basto)
de mi suerte no me pesa;
que aunque rústico mi dueño
tiene muy sana mollera:
discurre que es maravilla,
son exactas sus ideas,
sus pensamientos profundos
y sus intenciones rectas;
á murmurar no se para,
ni á saber vidas ajenas;
es honesta su palabra
y obra siempre con prudencia.»

«Sin duda (dice el primero) .
que tuviste suerte buena;
mientras la mía, al contrario,
muchas veces me recuerda
la fábula de la mona
que aunque se vista de seda....»

Acabada la visita,
los dueños toman sus prendas,
y de nuevo á servir vuelven
de adorno y de tapadera;
la basta á una frente noble,

que casi ninguno aprecia;
la fina á un busto sin seso
como el que la zorra viera.

*¡Cuánto abundan, por desgracia,
tales entes en la tierra,
que con lujosos vestidos
encubren grandes miserias!*

XV.

La moneda falsa.

Por legítima pasó
una moneda sin ley,
que con el busto del rey
por muchas manos rodó;
más por el roce perdió
la plata que la cubría,
y mostrando su falsía,
dejó ver el vil metal,
cayendo en desgracia tal,
que nadie la recibía.

*Así sucede, observad,
al hipócrita vicioso,
con capa de virtuoso
encubre su falsedad;
más cuando la sociedad,
por su trato superior,
le descubre el interior
y le muestra tal cual es,
á todo el mundo después
causa desprecio y horror.*

XVI.

El olvido.

Quejábase lastimera
en un rincón escondida,
una infeliz escalera
entre otros trastos metida.

«Olvidada yazco aquí,
(decía la pobrecita)
nadie se acuerda de mí,
si de mí no necesita.

Solo cuando llega el caso
su amiga el hombre me llama,
porque entonces, paso á paso,
con mi ayuda se encarama.

Y como altiva bandera
en la lucha victoriosa,
lleva á la humilde escalera
en sus brazos orgullosa.

Mas dominada la altura
y el objeto conseguido,
vuelvo abatida y oscura
á la mansión del olvido.

Y aquí vengo á vegetar
en ignorado reposo,
hasta que vuelva á prestar
auxilio á algún ambicioso.»

Oyó el monólogo triste
la multitud de los otros
y dijo: «Razón te asiste,
así pasa con nosotros.

Servimos para ayudar
al hombre en varios oficios,
y al cabo viene á pagar
como á tí nuestros servicios.»

Acaso su amarga queja,
lector, no llegará á tí,
mas saca la moraleja
que se desprende de aquí.

Y es, que, *muchos que lograron
altos puestos escalar,
á los que los encumbraron
vienen después á olvidar.*

XVII.

El conejo, el ciervo y el loro.

De un bosque frondoso
en lo mas espeso,
á buscar su pasto
metióse un conejo.

De allí á poco rato,
con igual deseo,
un ciervo aparece
por el lado opuesto.

Al ver del rumiante
el gallardo aspecto,
se asusta y se esconde
temblando el conejo.

El ciervo lo observa
y exclama chancero:
«Me parece que hace
aquí mucho miedo.

Vaya la prudencia
te da, compañero,
por huir el bulto
y hurtar el pellejo.

¡Valor temerario!
¡Corazón de acero!
¡Bravo camarada
para un lance serio!»

Veía la burla
un loro travieso,
subido en un árbol
que estaba no lejos,
y ocurrióle al punto
un agudo medio
de poner á prueba
el valor del ciervo.

Para ello en su lengua
con muy bronco acento
gritó: «¡Guau, guau, guau!
¡Que vienen los perros!»

El ciervo que escucha
sonidos tan fieros,
se asusta y escapa
temblando de miedo.

Y corre que corre,
azorado, ciego,
no hallara seguro
en mucho terreno;
sino porque el loro,
dolido del ciervo,
le llama y le dice:
—«Venga sin recelo.
Tú que hacías gala

de guapo y de tieso
eres tan cobarde
como el buen conejo,
y eso que eres grande
y que tienes cuernos,
con los cuales puedes
dar un susto al miedo ...»

La justa censura
del loro sincero,
debió al aludido
servirle de ejemplo.

*Así entre los hombres
¡cuántos, como el ciervo,
achacan al prójimo
sus propios defectos!*

XVIII.

El juicio del malvado.

Después que unos bandoleros
á unos ricos pasajeros
les robaron sus caudales,
el jefe de *nenes* tales
dijo así á sus compañeros:

«Camaradas á fe mía
que hemos tenido un gran día
y provechoso ejercicio:
yo tan lucrativo oficio
por ninguno cambiaría.

Oficio, caros amigos,
que tengo por muy honroso;
porque nada hay más hermoso

que apropiarse los mendigos
lo que sobra al poderoso.

Oficio, que á mi entender,
solo tiene que temer
á esa institución servil
llamada *Guardia civil*
que nos sigue por do quier.

Institución maldecida
de la humana sociedad,
que aspira con su maldad,
bien á quitarnos la vida,
ó á robarnos libertad.

Creo que los principales
y más grandes criminales
son, guardias, carabineros,
alguaciles, carceleros,
magistrados y fiscales.»

«Es cierto: (con torva faz
dice la cuadrilla audaz)
no hay gente de más malicia
que la que llaman justicia
y perturba nuestra paz.»

Así hablaron los malvados
de jueces y de abogados,
á su modo persuadidos
de que son unos bandidos
todos los hombres honrados.

*Lo cual te prueba lector,
y por eso lo señalo,
que para el vil malhechor
no existe un hombre peor
que quien le impide el ser malo.*

XIX.

Ver la paja en el ojo ajeno.

Murmurar del prójimo
es un feo vicio;
y este vicio tiene
Antón mi vecino.

Gasta una tijera,
que corta un vestido
al hombre más santo
del barrio en que vivo.

Si baja, si sube,
si es pobre, si rico,
si tiene, ó no tiene,
si es tonto, si listo,
si entra, si sale,
si es grande, si chico,
si marcha, si vuelve,
si es blanco, si tinto,
si es moro ó cristiano
cualquier individuo,
de cierto lo sabe
Antón al dedillo.

Como es muy curioso,
de cuentos amigo,
indaga, descubre
ocultos trapillos,
que luego publica
por todos los sitios,
aumentados siempre,
mas no corregidos.

No respeta fama,
palabra, sigilo,
su lengua de víbora:
en fin, es un bicho
de quien Dios nos libre:

Mas... ¿qué es lo que digo?
¿acaso, al contarlo,
no tengo yo mismo
el propio defecto
que Antón mi vecino?

*No digas del prójimo
defectos ni vicios,
y menos si tienes,
lector, tú, los mismos.*

XX.

Por dejar su esfera.

El deseo de cambiar
diz que hubieron una vez,
su agua por el aire un pez,
su aire un ave por el mar;
mas al querer realizar
su desatinado intento
fué al pez asfixiando el viento,
y el agua al pájaro ahogando,
que, *así nos sucede, cuando
dejamos nuestro elemento.*

XXI.

El que las hace....

Mientras tranquilo reposa
en su lecho un posadero,
una taimada raposa
dió un asalto al gallinero.

Se manejó tan activa
y con tan fieras entrañas,
que no dejó un ave viva
para contar sus hazañas.

Después del estrago váse
antes que llegara el día
y con su luz alumbrase
tan grande carnicería.

A la mañana con gozo
fuese el dueño hacia el corral,
en donde se halló el destrozo
del sanguinario animal.

Y sintió tanta aflicción
al contemplar la matanza,
que fué á quejarse al león,
para que tome venganza.

Al saber el noble rey
acción tan abominable,
todo el rigor de la ley
quiso aplicar al culpable.

Ordenó que á su presencia
se traiga al animalito,
para dictar la sentencia
correspondiente al delito.

y con cara artificiosa,
ocultando su malicia,
llegó la artera raposa
al tribunal de justicia.

En ademán penitente,
«Señor, expuso la astuta,
juro que soy inocente
del crimen que se me imputa.

Pues sabe su real persona
ya que á su juicio me llama,
que la conducta me abona,
si me condena la fama.

Tengo muchos enemigos
que me achacan su maldad,
pero son falsos testigos
que no dicen la verdad.

Porque son habladurías
decir que asalto corrales,
siendo tales fechorías
propias de otros animales:
como son: gatos, garduñas,
perros, lobos carniceros,
y otros mil, que con sus uñas
son terror de gallineros.

Hay pocos escrupulosos,
sin contar á los humanos,
que entre éstos son bien raposos
militares y gitanos.

Pero es ya sabida cosa
que al faltar algún pollito,
se acuerdan de la raposa
para colgarle el delito.»

Oyó el león la disculpa,

y, como prudente juez,
exclamó: «No tiene culpa
la zorra por esta vez:

Que entre mil animaluchos
es muy difícil en suma
hallar al culpable, hay muchos
á quienes gusta la pluma».

«Pues bien, antes que me cace,
(cacareó una gallina)
recordad que quien las hace
en otro las imagina.»

De aquí, lector, sacarás
la ya sabida lección
de que, *el juicio del ladrón
es que lo son los demás.*

XXII.

La violencia.

Cuando al sueño se entregaba
la familia de un labriego,
vino á turbar su sosiego
un incendio que espantaba.

Airado el viento zumbaba
atizando más el fuego,
llovía y el agua luego
el voraz fuego apagaba.

Y lo que así sucedía
es que el fuego amaba al viento,
cuanto al agua aborrecía.

*Así al hombre violento,
el que le enciende es su guía,
quien le apaga, es su tormento.*

XXIII.

Cortar por lo sano.

A la conquista del Asia
marchóse Alejandro Magno,
y en una ciudad de Frigia
encontró el nudo gordiano.

Aquel que lo desatara
había dicho el oráculo,
que el dominador sería
de un imperio dilatado.

Probó á desatar el nudo
el ambicioso Alejandro,
y después de muchas vueltas
fueron sus intentos vanos.

Entonces el Macedonio,
de tantas pruebas cansado,
cortó el nudo con su espada
por no saber desatarlo.

Breve y fácil fué sin duda
el expediente empleado,
pues no hay en casos difíciles
como .. cortar por lo sano.

*Así hacen muchos necios
con los problemas más arduos;
no sabiendo resolverlos
hallan más breve cortarlos:*

*que ha sido siempre divisa
de los orgullosos vanos,
negar ó afirmar de golpe
sin detenerse á estudiarlo.*

XXIV.

El mérito propio.

Por su pericia primero
y su valor sin igual,
llegó á ser un general
el hijo de un zapatero.

A quien con necia altivez
un noble le echaba en cara,
que era un jefe de cuchara
salido de entre la hez.

Era el general prudente
y humilde en su jerarquía,
y así sin altanería
le contestó al insolente:

«Por mí solo á tal fortuna
he llegado y tal grandeza,
sin adquirir la nobleza
por herencia de la cuna.

Mas ya que me provocó
he de decirle de paso,
que usted viéndose en mi caso,
no llegara adonde yo.

Que hay más mérito probado,
sin que á negarlo se atreva,
en el bajo que se eleva
que en el que nace elevado.»

Calló el noble confundido
y sacó la moraleja
de que sin razón moteja
al humilde que ha subido

*Pues no vale, así se infiere,
la posición elevada,
tanto la que es heredada,
cual la que por sí se adquiere.*

XXV.

¡Era podenco!

Refiere Miguel Cervantes
que un loco en Córdoba había
que se entregó á una manía
de las más extravagantes.

Tenía el tal la rareza
de ir las calles recorriendo
con un canto muy tremendo,
que llevaba en la cabeza.

Y cuando encontraba un can
se le acercaba quedito,
inclinábase un poquito,
caíase el canto y... ¡plan!

Magullado el perro así
lanzaba tristes aullidos,
y atronaba los oídos
de los que iban por allí.

El loco tomaba el canto
y marchaba lentamente
á buscar otro inocente
con quien hacer otro tanto.

Un día, en que placentero
se entregaba á su faena,

quiso repetir la escena
con el can de un bonetero.

Viólo el dueño, ¡voto á quien!
y al loco sin ver ni oír,
con la vara de medir
midióle los lomos bien.

Diciéndole: ¡Gran zopenco!
para tu mal es tu yerro;
¿no miraste que mi perro
era un hermoso podenco?

Fuése el loco y puso en cura
sus costillas quebrantadas,
y, aunque volvió á las andadas,
enderezó su locura.

Porque salió; mas en cuanto
algún perro descubría,
«este es podenco,» decía,
y no soltó más el canto

*No sé si es cuento ó historia
la narración precedente;
mas debe el niño prudente
escribirla en su memoria.*

*No sea que en sus diabluras,
por ignorancia de elenco;
tropiece con un podenco
y hagan cuerdas sus locuras.*

XXVI.

La vocación.

Unos canteros estaban,
con durísimo trabajo,

sacando piedra en un monte
para un soberbio palacio.

Extrajeron varios bloques,
también en aspecto varios,
porque son en sus figuras
algunos redondeados,
bastantes irregulares,
los menos lisos y planos.

Al escoger el maestro
los que son más apropiados
para puertas y ventanas,
paredes, columnas y arcos,
halló que todos querían,
sin mirar sino á su agrado,
elegir el punto y forma
que les diera el operario.

Sermuro quiere el redondo
y ser columna el cuadrado,
el cilíndrico balcón
y ventana el aplanado;
ser base pide el pequeño,
el grande quiere lo alto,
el grueso quiere ser piso
y ser esquina el delgado.

Así fueron discurrendo
(como discurren peñascos)
hasta que el hábil maestro,
aburrido de escucharlos
y de oírles necesidades
les dice así: «¡Mentecatos!
lo mejor y más seguro
será mirar de antemano
para que sirva cada uno

conforme á su largo, ancho
y grueso, que de este modo
se ahorra tiempo al labraros:

pues aunque se consiguiera
con la constancia y trabajo,
hacer en la esfera aristas
y redondo lo cuadrado,
rompiendo la dura peña
á fuerza de martillazos,
para conseguir el fin
lo mejor es, sin embargo,
escoger aquel destino
á que es cada uno inclinado;
porque el querer contrariar
á la vocación, es claro,
es empeñarse en hacer
un gigante de un enano,
un buen músico de un sordo,
un escribiente de un manco,
un caminante de un cojo
y de un imbécil un sabio.

*Tuvo razón el maestro:
porque lo más acertado
es tomar la profesión
para que somos más aptos:
de este modo lograremos
vivir menos contrariados
y hacer obras más perfectas,
en nuestro oficio ó estado.*

XXVII.

Llevar la contra.

En cierta ocasión Mateo
dió un blanqueo
á su mansión;
pero los chicos llegaron
y pintaron
con carbón.
Para evitarlo otra vez
dió con pez,
mas fué igual;
porque los chicos vinieron,
y la dieron
yeso y cal.
Viendo la cosa tan grave,
ya no sabe
que hacer pues;
porque aquello que dispone,
otro pone
del revés.
*Así, con lo que mereces
obra á veces
la pasión,
pues borra tu bien ó mal,
ó con cal,
ó con carbón.*

XXVIII.

Afecto mútuo.

Cuando iba yo á la escuela
(esto hace muchos años)
había algunos niños
amigos de buscar tres pies al gato.

Quiero decir, que algunos
pegaban sin reparo,
y sufrir no podían
que con ellos hicieran otro tanto,

Quejábanse al Maestro
y decían llorando
con lágrimas de hipócrita:
«Mire, señor, que me pegó fulano.»

El maestro solícito
se enteraba del caso,
y hallaba muchas veces
que aquel que se quejaba era culpado.

Entonces nos decía
el maestro enojado:
«Cuando iba yo á la escuela
eran amigos míos los muchachos.

Todos me respetaban
y me querían tanto,
que á mi casa venían
para jugar con ellos los del barrio.

La causa de su aprecio
era, niños amados,
ser amigo de todos
y quererlos á todos como á hermanos.

Sed vosotros humildes,
afables en el trato,
y vuestros compañeros
os darán con su aprecio el mismo pago. >

Que, *de nuestra conducta*
el eco más exacto
son nuestros semejantes,
que nos tratan igual que los tratamos.

XXIV.

¡Era pobre!

Cuentan, y yo lo refiero,
por ser muy curioso el caso,
que una ninfa del Parnaso
dió en soplar á un calderero.

El cual, al son del martillo,
merced á su inspiración,
sin una grande instrucción
versos hacía á porrillo

Como eran de buena ley,
y sin mengua de quilate
las concepciones del vate
llegaron al mismo rey.

Y como éste era curioso
mandó venir al poeta,
y sin pizca de etiqueta
le habló en tono cariñoso:

— «¿Me han dicho que viertes perlas?»

— «Sí, señor, mas son de cobre;
y como las vierte un pobre
nadie se baja á cogerlas »

Ignoro si esta agudeza
el rey la celebraría,
porque, *hasta en la poesía*
es desgracia la pobreza.

XXX.

Censuras Injustas.

Dos magníficos caballos
nobles, por serlo su dueño,
regresaron una tarde
de un larguísimo paseo.

Desenganchados del coche
entraron en su aposento
y este diálogo entablaron
apenas solos se vieron.

— «He notado (dijo el uno
á su amigo y compañero)
que este cochero maldito
nos trata peor que á perros:
pues con espuela ó con látigo
rasga ó lastima mi cuero,
y á fe de caballo noble,
que tal trato no merezco.»

— «Pues yo (replicó el amigo)
tampoco estoy satisfecho,
que es su conducta conmigo
mucha rienda y mucho freno.»

— «Debíamos (aquel dice)
volver por nuestro derecho,
puesto que somos los dos,
dos caballos caballeros.

Una exposición al amo,
si te parece, elevemos,
y si no se nos atiende,
protestar es el remedio.»

Desde la estancia inmediata
oyó el diálogo el cochero
y entrando en la cuadra airado
les dirige estos conceptos:

— «Os trato cual merecéis:
al uno indolente y terco,
aplico la espuela y fusta
para que ande más ligero:
al otro gallardo y vivo
le rijo con rienda y freno;
por tanto, no hay que quejarse
de mi trato algo diverso,
que en lo demás á entrambos
cuido con el mismo esmero,
reparto iguales caricias,
distribuyo el mismo pienso,
impongo el propio trabajo,
igual descanso y recreo;

mas si con esta conducta
no estáis conmigo contentos,
tenéis el derecho, amigos,
llamado del pataleo:

derecho que os condena,
á pesar de vuestros fueros,
al uno á sufrir el látigo,
al otro, á tascar el freno.»

Ignoro si á los caballos
tales frases persuadieron,
pues de lo contrario, es fijo,
que aun fuera peor para ellos.

*A los niños que censuran
la conducta del maestro
por el trato que reparte,
debe aplicarse este cuento;
porque son los caracteres
tan variados y aun opuestos,
que unos precisan estímulo,
y otros prudente freno.*

XXXI.

Por tu culpa.

Sobre un asno caballero,
iba durmiendo un arriero,
cuando en medio del camino
el buen hombre al suelo vino,
dando el porrazo más fiero.

Y fué lo más singular,
que el arriero enfurecido,
comenzóle á maltratar,
viniendo el asno á pagar
culpas que no ha cometido.

Y el paciente dice así:
— «¡Verdugo de Belcebú!
modera tu frenesí;
¿Por qué me hieres á mí
si tienes la culpa tú?»

Mas como el hombre está ciego,
replica arrojando fuego:
— «Cállate porque me irrito;
porque me caí, te pego:
¿Me entiendes asno maldito?»

Obediente se calló,
y acaso entre sí pensó,
al pesar razones tales,
¡Si habrá algunos racionales
aun más pollinos que yo!

Pues ó yo muy mal discurro
ó de esto, *á pari*, infiero
que será acto justiciero
que cuando se caiga el burro
se le castigue al arriero.

Pensó bien, según opino,
en este caso el pollino,
porque, *es tamaña injusticia
que nuestra propia malicia
se la echemos al vecino.*

XXXII.

Crimen y justicia.

Cogieron preso
á un homicida
que, por robar
cuanto tenía,
á un caminante
quitó la vida.

Puesto en la cárcel,
el juez activa
la causa, y recto
sentencia dicta
de que merece
la muerte impía

el malhechor
por su perfidia.

De ejecutarle,
llegado el día,
hacia el suplicio
audaz camina.

A su verdugo
con ceño mira
y así le dice
con osadía:

— «¡Verdugo fiero!
si es merecida

la pena impuesta
á mi malicia,
también tú debes
sufrir la misma,
que quitar quieress
mi propia vida.»

Mas el verdugo
así replica:
—«Es cierto, hermano,
que parecida
á tu acción mala
será la mía;
pero las causas
no son las mismas,
las circunstancias
son muy distintas;
las intenciones
tanto varían,
que todo el pueblo,

en su vindieta,
tu acción infame
la califica
de horrendo crimen;
mientras la mía
no la condena,
porque es justicia.»

No sé si al reo
convencerían
estas palabras
que le replican;
mas á nosotros
nos acreditan
que, *los designios*
que al hombre animan,
en las acciones
tan bien se pintan,
que le dan mérito
ó se le quitan.

XXXIII.

La defensa del vicio.

Tenía uno el vicio crónico
de usar bebidas alcohólicas,
y por más que son diabólicas,
él las toma como un tónico.

De un efecto terrorífico
que cuanto se diga es pálido,
las bebía en tiempo cálido,
porque son un frigorífico.

Y aunque no era gran retórico,
sostenía en tono enfático
que son remedio axiomático,
para producir calórico.

Y lo mismo en la canícula,
como en el opuesto trópico,
estaba el hombre *alcoholópico*
hasta la última partícula.

Sosteniendo con su lógica
que el uso de tal arsénico,
es un buen precepto higiénico
y una regla pedagógica.

Que así á la pasión maléfica,
por medio de la sofística,
con una razón casuística
se la presenta benéfica.

Probándonos este apólogo,
que, *para la escuela ecléctica,*
tenemos una dialéctica,
como el más hábil teólogo.

XXXIV.

Respeto á la ancianidad.

En el fondo de un arcón
un vestido viejo y roto
yace abandonado, ignoto,
como en lúgubre panteón.

Un día pasó de intento
otro nuevo por allí,
y al anciano dijo así,
sin pizca de miramiento:

— «¡Aquí yace,
que bien hace!
don Guñapo,
viejo trapo,
á quien coma
la carcoma,
pues no sirve para más.»

— «Rapacejo,
(dice el viejo)
deja en paz
la ancianidad,
que, á fe mía,
algún día
tú también aquí vendrás »

Riöse el joven sin rebozo,
y se encaminó á la calle,
á lucir el garbo y talle
de su dueño, gentil mozo.

El arrogante vestido
sirvió poco más de un año,
cuando, desgastado el paño,
vióse roto y descosido.

Y al mirarle su señor,
viejo, sucio y tan deshecho,
hizo lo que había hecho
atrás con su antecesor.

Y con desprecio le arroja
al arcón, ya sin servicio,
y al ver el viejo al novicio
de este modo le sonroja:

— «Seor majo,
don Andrajo,
cual le veo,

roto, feo,
antes lucío,
hoy tan sucio,
¿Qué viene á buscar aquí?

El mozuelo,
sin consuelo,
le responde:
— «Vengo adonde,
algún día,
mi osadía
necia se burló de tí.

Ahora veo la injusticia
que antes cometí contigo,
perdóname, buen amigo,
que el tiempo me hizo justicia.»

«Camarada, (el otro dijo,
recordando la lección
que le dió en otra ocasión)
hoy tu desgracia no aflijo.

Te dió la edad el consejo
que saber antes debías,
y es, que bastan unos días
para hacerse el joven viejo:

Porque el tiempo es veloz rueda
en que unos vamos tras otros,
y otros vienen tras nosotros
pagando en igual moneda.

Razón por la que el novel
debe al viejo respetar,
para á su vez esperar
que le respeten á él.»

*Jóvenes, aquí aprended
á honrar á la senectud,*

*que también la juventud
llega al cabo á la vejez.*

XXXV.

Causas de error.

Un filósofo miraba
con cristales colorados,
y los objetos hallaba
del mismo color pintados.

Si eran verdes los anteojos,
verdes las cosas veía;
y si eran aquéllos rojos,
que eran rojas parecían.

Como es de la escuela escéptica
quien las cosas examina,
empleaba esta dialéctica
para apoyar su doctrina:

— «En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira,
porque todo es del color
del cristal con que se mira »

Otro, que la ciencia adora,
razona de esta manera,
menos desconsoladora,
y mucho más verdadera.

Iguales verdad y error
es imposible que sean,
tenga cualquiera color
el cristal con que se vean.

*Que, en el mundo hay confusión
por mirar las cosas mal,*

*para verlas como son
hay que verlas sin cristal.*

XXXVI.

La buena intención.

Era el santo celebrado
de su madre, y una flor
quiere la hija regalarle,
como prueba de su amor.

A este fin la niña alegre
corre al centro de un salón,
donde estaba un gran florero
sobre un rico velador.

Agitada se aproxima
al magnífico jarrón,
y al coger la flor ansiada
el florero se cayó.

En su choque con el suelo
el cristal se dividió,
y la niña al verle roto
lanza gritos de dolor.

Al oír la madre el llanto
de su hija, y el clamor,
presurosa se encamina
á saber qué sucedió.

Mas al ver hecho pedazos
el magnífico jarrón,
iracunda y con dureza
á la niña castigó.

Quedó triste y abatida
por la pena y el dolor,

y ya flores desde entonces
á su madre nunca dió.

Que en la niña la injusticia
de un castigo tan atroz,
fue borrando su naciente
sentimiento del amor.

*Dignos padres y maestros
no castigúis con rigor
la acción mala de algún niño
si fué buena la intención.*

XXXVII.

La idea y la palabra.

Vivía en cierto lugar
(el caso es muy singular)
sin las mañas consabidas,
un sastre listo en cortar
sin tomar bien las medidas.

Así es, que el desdichado
no hacía un traje perfecto
ni al parroquiano adecuado,
y más si tiene el defecto
de ser deforme ó lisiado.

Mas el sastre no se altera
si ve su obra desechada,
pues tiene buena tijera
para ajustar á cualquiera
una prenda mal cortada.

Si está muy flojo ó ceñido,
corto ó largo, algún vestido,
pronto el sastre se acomoda

al recurso socorrido
de decir... Así es la moda.

Y con su ley del encaje
le persuade al parroquiano,
de que va lo más galano,
y de que ajustarse al traje
debe siempre el cuerpo humano.

*¡Como el sastre de la aldea,
cuanto el hombre á veces labra,
porque equivalente sea
á su palabra la idea,
no á su idea la palabra!*

XXXVIII.

Mala compra.

A una feria
muy nombrada,
fué un gitano
de gran charla;
con designio,
según habla,
de vender
cierta jaca;
la cual era
grande maula,
vieja, tuerta,
terca, falsa,
recelosa,
coja y flaca.
A más de éstas,
tiene tachas

que conocen
los que tratan
en ganados
de tal raza.

Muestra al verla
buena planta,
siendo nuevos
silla, manta,
cincha, freno,
cabezada:
por manera
que su estampa
es airosa,
muy gallarda,
de buen paso,
viva marcha,

sin que sea
necesaria
ni la espuela,
ni la vara

Muchos necios,
que se pagan
de apariencias
y de galas,
acudieron
á comprarla;
pues la juzgan
una alhaja.

El gitano
los embauca,
reseñando
lindas gracias
de una bestia
tan menguada;
y con ella
por fin carga
un paleta
que la paga
en monedas
de oro y plata
por diez veces
más que valga.

Cuando vuelve
luego á casa,
el incauto
papanatas

los arreos
á quitarla
va, y descubre
dichas faltas,
y como eran
ellas tantas,
compungido
asi exclama:
— «¡Aun más bestia
que esta facha
he yo sido
que en las trazas
me he fiado
y en las galas;
sin ver antes
que compraba
una inútil
alimaña,
que no sirve
para nada!»

*De igual modo,
por desgracia,
¡Cuantos hombres
con palabras
seductoras
nos engañan,
y nos venden
como sanas
las doctrinas
más dañadas!*

XXXIX.

Rivalidad peligrosa.

En el idioma latino
daba Séneca instrucción,
sobre el Bello Arte divino,
á Lucano su sobrino,
y al orgulloso Nerón.

Ambos, según las lecciones
que del sabio recibían,
sus poemas escribían,
que en públicas reuniones
ante el concurso leían.

Sobresalía Lucano
en la imparcial opinión;
péro, por miedo al tirano,
el populacho romano
ensalza más á Nerón.

Mas tan bella poesía
llegó Lucano á leer
ante el pueblo, cierto día,
que éste le aplaude á porfía
sin poderse contener.

Y al contemplar la ovación
que recibe su rival,
el sanguinario Nerón
juróle en su corazón
un odio eterno, mortal.

Privando con tal motivo
que leer se permitiese

al vate en lo sucesivo,
para que así al vengativo
no hubiera quien le venciese.

Víctima de la perfidia
del implacable magnate,
fué siempre el humilde vate;
persiguiéndole la envidia
hasta lograr que se mate.

Y el tirano pudo luego,
sin que la envidia le roya,
mandar á Roma dar fuego,
y como el poeta griego,
cantar la ruina de Troya.

*Probándonos esta historia
que el tirano y ambicioso,
si es además envidioso,
nunca cede la victoria
al humilde y virtuoso.*

XL.

Los mimbres y el álamo.

En una verde pradera,
á orillas de un arroyuelo,
crecía junto á unos mimbres
un álamo gigantesco.

Este al contemplar su altura,
y su tronco corpulento,
y sus vigorosas ramas,
y su follaje tan recio,
sintió nacer el orgullo

en su corazón de leño;
y con desdén soberano
trataba á sus compañeros.

«Vaya, vaya, (les decía
en su lenguaje altanero)
que comparados conmigo
sois todos unos pigmeos.

¡Qué actitud tan desgarbada!
¡qué color tan macilento!
¡qué desarrollo tan pobre!
¡qué raquítricos! ¡qué entecos!»
Inútiles para todo,
no servís para un remedio.

(Sin duda ignoraba el álamo
que sirven para hacer cestos:
si tienen otro servicio
sabrán los niños traviesos).

Ni dais madera al artista,
ni dais belleza al desierto,
ni al ganado dais abrigo,
ni dais sombra al pasajero;
vamos, que yo os condenaba
por inútiles al fuego».

Heridos en su amor propio,
(amor que todos tenemos)
con energía los mimbres
al vecino respondieron:
«Si por mirarse elevado
desprecia así á los pequeños,
no olvide que en este mundo
torres más altas cayeron;
y que no es de pechos nobles
y cristianos sentimientos

ensalzar méritos propios
rebajando los ajenos».

Esta respuesta prudente
que los ofendidos dieron,
vióla confirmada el álamo
por desgracia al poco tiempo.

Cubrióse el cielo de nubes
desencadenóse el viento
y la tormenta impetuosa
rugió en el espacio inmenso.

El álamo combatido
por furiosos elementos,
vió sus hojas arrancadas,
rotos sus robustos miembros,
y destrozado su tronco
por el rayo y por el fuego.

Quedaron pobres despojos
esparcidos por el suelo,
de aquel álamo gigante
que se elevaba soberbio.

Después murmurar se oía
entre los mimbres al viento:
*«¡Al orgulloso en la tierra
así le castiga el Cielo!»*

XLI.

La vida ociosa.

Amena conversación
dicen que á veces tenían
dos relojes que pendían
de la pared de un salón.

El uno no interrumpía
su tic-tac en el horario:
el otro por el contrario,
ni sonaba ni regía.

El primero en su lamento
decía con triste voz:

— «¡Qué suplicio es tan atroz
mi continuo movimiento!

Sin cesar de trabajar
esta vida no es vivir,
ni puedo una hora dormir
ni un minuto descansar.

Si con esta marcha sigo,
sin detenerme un instante,
un trabajo tan constante
al cabo dará conmigo.»

— «Con razón, hermano, lloras
(díjole el otro holgazán)
en verdad, con tanto afán
están contadas tus horas.

Yo dejo la cuerda floja
para poder descansar,
y miro al tiempo pasar,
y ando cuando se me antoja.

Así marcharé adelante
sin que mi vida se pierda,
sin que se acabe mi cuerda
á fuerza de estar tirante.»

— «Tu consejo es peregrino
(dijo al segundo el primero)
pero yo marchar prefiero
cumpliendo así mi destino.»

— «Bueno, camina con Dios,

(replicó á éste el segundo)
ya veremos en el mundo
quién vive más de los dos.

• • • • •
Muchos años han pasado
viviendo ambos de esta suerte,
el primero sigue fuerte,
y el otro va ya gastado.

*De aquí niño inferirás,
que si gasta el ejercicio,
la vida ociosa y el vicio
aun desgastan mucho más.*

XLII.

¡Cuidado con el perro!

¡Atención! Voy á contaros
la graciosa peripecia
que sucedió cierto día
á un muchacho de mi aldea.

Vió que unos carros parados
de una posada á la puerta,
iban cargados con fruta
que llevaban á una feria.

Dió en la nariz al chiquillo
el olor de las camuesas,
y al punto sintió el deseo
de entrar á saco en las cestas.

Y mientras que aderezaban
los carreteros la cena,
quiso aprovechar el chico
aquella oportuna ausencia.

Subióse á uno de los carros.
echó su mano á las peras,
y rellenó los bolsillos
del pantalón y chaqueta.

Después de hacer buena carga
de fruta de huerta ajena,
trató de escurrir el bulto
llevando con él la presa.

Mas ¡ay! que por su desgracia,
ó bien por su ligereza,
por temor, aturdimiento,
ò el diablo que las enreda,
sucedió que al apearse
tropezase en una cuerda,
y ¡zas! sin poder valerse
cayó al suelo de cabeza.

Mas no fué esto lo más malo,
sino que al golpe despierta
un perrazo, que del carro
iba atado á la trasera:

El cual ladrando furioso,
y rompiendo la cadena,
abalanzóse al muchacho
que estaba tendido en tierra.

Destrozóle la ropilla,
(y creo que hasta en las piernas,
de sus garras y sus dientes
dejó marcadas las huellas.)

Hubiera el terrible perro
dado del muchacho cuenta,
á no advertirlo los dueños
al ruido de la refriega,
quienes sospechando el caso

acudieron con presteza,
y separaron al chico
de las garras de tal fiera.

Marchóse el niño llorando
hacia la casa paterna,
hecho una triste figura
de los pies á la cabeza.

Entre suspiros y llantos,
y perdones y protestas,
refirió el pobre á sus padres
la causa de su querella.

Estos, al ver que en el hecho
no existía culpa ajena,
á su hijo perdonaron
por su confesión sincera.

Mas, para que en adelante
á las andadas no vuelva,
la aventura con el perro
á menudo le recuerdan.

*¿Quién no deduce del cuento
la sabida moraleja
de que en el mundo al pecado
le sigue la penitencia?*

XLIII.

Antes asno que raposo.

A un pollino que pacía
la fresca yerba de un prado,
desde lo alto de un collado
un raposo le decía:

«Oye, tú, jumento vil,
que gastas orejas largas
y sufres todas las cargas
como un animal servil.

Yo no sé como consientes,
sino fueras tonto ó necio,
que te traten con desprecio
y te apaleen las gentes.

Igual el hombre que el chico
te dan un pésimo trato
y tú, simple y mentecato,
te aguantas, por ser borrico.

Sólo, sólo tu insolencia
puede sufrir tanto ultraje:
¡Que así un animal rebaje
su dignidad y excelencia!»

Esto el pollino escuchó
cabizbajo y silencioso,
y con firmeza al raposo
de este modo contestó.

—«Calle el perverso animal
que á los otros mortifica,
y desde lo alto predica
tan elevada moral.

Verdad que soy un pollino,
un ignorante, un inculto;
pero... ¿está bien el insulto
en animal tan dañino?

De tus pelos y señales,
como tu hocico y tu cola,
no digo una frase sola
por ser dotes naturales.

Pero, ¡qué tenga osadía

para atacar mis servicios,
quien solo en infames vicios
funda su sabiduría!

Es proverbial tu malicia,
tu rapacidad y dolo,
¡que en tales artes tan solo
se distingue tu pericia!»

El raposo en cuanto oyera
la respuesta del borrico,
se fué torciendo el hocico
sin decir adiós siquiera.

Hizo bien; *es más honroso
según para mi discurreo,
ser un ignorante burro
que ser un sabio raposo.*

XLIV.

A río revuelto...

Sus redes un pescador
colocaba con destreza
entre la clara corriente
de un río que un valle riega.

Como los peces veían
de su enemigo la treta,
del agua pura y tranquila
merced á la transparencia,
escapaban al peligro,
huyendo la estratajema
del pescador, que burlado
no lograba ni una pieza.

Viendo su intento fallido;
y la causa descubierta,
de perseguir á los peces
no por eso el hombre deja:
y, para que en la red caigan,
dió en la diabólica idea
de enturbiar las claras aguas,
revolviendo el cieno en ellas.

Cegados así los peces
entre las redes se enredan,
y presos entre las mallas
los infelices se quedan.

El pescador así logra
una abundante cosecha,
que á río turbio y revuelto....
sabida es la consecuencia.

*¡Cuántos también en el pueblo
procuran que haya revueltas,
y agitan ciegas pasiones
por si alguna cosa pescan!*

XLV.

De rico á pobre.

Sepan cuantos
esto lean,
que este hecho
que se cuenta
nada tiene
de novela,
ni es invento

de poeta,
que es historia
verdadera.
Y fué el caso
(no es de esencia
que se diga
ni se sepa

donde y cuando
fué la escena)
que un sujeto,
según cuentan,
poseía
tal riqueza
que ni Creso
le supera.

Mientras vive
en opulencia,
como moscas
se le pegan
los amigos
á docenas;
le acompañan,
le hacen rueda,
le saludan,
le marean,
le hacen todos
mil zalemas,
todo el mundo
le venera;
ni en la calle,
ni en la mesa,
un momento
no le dejan.

Pero cuando
suerte adversa
fué mermando
sus haciendas,
hasta el punto,
¡quién creyera!
de que vino

á la miseria,
poco á poco
la caterva
de secuaces
de él se aleja.

Y aquel hombre
en la indigencia,
ya olvidado,
solo queda,
sin que nadie
compadezca
á quien tanto
tal vez deba.

Es sabido
de que mientras
aquí el hombre
rico sea,
tendrá muchos
que se vendan
por amigos,
y lo sean
solamente
de apariencia.

Mas en cambio
si da vuelta
la fortuna
con su rueda,
como pasa
con frecuencia,
y le arrastra
á la pobreza,
de él entonces
¿quién se acuerda?

*¡A los hombres
en la tierra
la desgracia
cuánto enseña!*

XLVI.

Los imitadores.

Á MIS QUERIDOS CONDISCÍPULOS.

¡Ya soy viejo! y que alegría
siento aún al recordar,
aquel tiempo en que vivía
en la alegre compañía
de otros niños del lugar.

Muchos de ellos ya no son,
otros ausentes están
por fatal separación:
¡hermanos del corazón
que á verse no volverán!

Yo, aunque de ellos me halle lejos,
ni el tiempo ni la distancia
han borrado mi constancia:
¡son tan dulces á los viejos
los recuerdos de la infancia!

Compañeros, no os olvida
este ausente, y si hasta vos
llega esta nota perdida,
oidla, es la despedida
antes que me lleve Dios.

¡Pobre viejo! Perdonad,
caros niños, mi chochez

propia de la ancianidad:
vosotros á la vejez
ya llegaréis con la edad.

Pero... ¿qué escribo? Vacilo
cuando me pongo á escribir:
voy á ver si cojo el hilo
y digo ya más tranquilo,
lo que os quería decir.

Quería, tiernos lectores,
manifestar sin engaño,
ni retóricos primores,
que eran muy imitadores,
todos los niños antaño.

Porque si había ejercicios
de títeres ó de atletas,
pronto se hallaban propicios
á hacer cien mil estropicios
con saltos y volteretas.

Y si veían soldados
en el campo maniobrar,
pronto los niños osados
se encontraban adiestrados
en la instrucción militar.

Si se corrían novillos,
aunque es bárbaro recreo,
al momento los chiquillos
se juzgaban Pepehillos
en el arte del toreo.

En fin, sin exajerar,
bien se puede asegurar,
que eran los niños maestros
y en todas las artes diestros
por el afán de imitar.

Con lo cual á decir voy,
si equivocado no estoy,
que, á mi modo de entender,
eran los chicos de ayer,
lo mismo.... que los de hoy.

*De donde se ha de inferir
como se debe vivir;
porque el niño al aprender,
dice lo que oye decir,
y hace aquello que ve hacer.*

XLVII.

Por una pequeñez.

Perdióse una herradura
por la falta de un clavo,
y por faltar aquella
perdióse un gran caballo.

No paró en esto,
que al perderse el caballo
perdióse el caballero.

*¡Cuánta desgracia
en pos de si acarrea
una pequeña falta!*

XLVIII.

Medicina eficaz.

Tengo de hacer una fábula,
aunque me cueste trabajo,

contra esos muchachos pícaros
peores que el mismo diablo.

Contra esos chicos ó jóvenes,
rateros, perdidos, vagos,
que ni quieren ser discípulos,
ni sujetarse al trabajo.

Contra esos que tronchan árboles,
destruyen nidos y pájaros,
y que en los paseos públicos
rompen faroles y bancos.

Contra esos chicos imbéciles
que beben, usan tabaco,
cantan canciones impúdicas
y blasfeman de los santos.

Contra esos hombres minúsculos,
que presumiendo de guapos,
ni respetan ó los débiles,
ni escuchan á los ancianos.

En fin, contra esos estúpidos,
viciosos, desvergonzados,
que son materia apropiada
para nuevos presidiarios,
quisiera escribir mi apólogo;
pero no hallo símil claro,
para sacar una máxima
que me sirva en este caso,
á no ser en aquel cívico
guardia, de genio tan áspero,
que si pescaba algún prójimo
de estos de que estoy hablando,
me le llevaba impertérrito
de la corrección al cuarto;
en donde al chico maléfico,

sin discursos, ni preámbulos,
ni dar oído á las súplicas,
ofrecimientos ni llantos,
el guardia impasible y rígido
le curaba... á latigazos.

No sé si esta terapéutica
dará el remedio indicado,
ni si es regla pedagógica
contra los mal educados.

Aunque, *maestro, ni médico,*
sabrán curar á esos bárbaros
que no entienden otra lógica
que la lógica del látigo.

XLIX.

El Eco.

Una joven se ufanaba
de las dotes que tenía,
y á las palabras que hablaba
un Eco la contestaba
con despiadada ironía.

— Es mi porvenir risueño,
.....sueño!
con las galas que presumo,
.... humo!
y de que estoy adornada,
.... nada!

— Pobre joven, desgraciada
si otros bienes no mereces:
esos de que te envanece,
son sueño, son humo, nada.

—Cuantos placeres la tierra,
.....yerra!
que mi corazón persigue,
.....sigue!
encierra en sus ricos bienes
.....bienes!

— Son ilusiones que tienes,
pobre joven, en la vida,
que de esta tierra mentida
yerra quien sigue sus bienes.

Parece que no concluye
.....huye!
esta gloria que me asombra,
...sombra!
tan brillante y duradera,
.....era!

—Pobre joven, quien creyera
que esa pompa y gloria vana,
desvanecida mañana,
huye cual sombra que era.

—Mi belleza ¿no es un bien?
.....bien!
y mi riqueza, ¿no vale?
.....vale!
y mi juventud tampoco?
....poco!

—Cese tu delirio loco,
que esa belleza que ostentas,
y la juventud que cuentas,
son un bien que vale poco.

—¡Oh! No te burles de mí,
calma, Eco, mi inquietud:
no me atormentes así:

Dime, pues, ¿dónde está aquí
nuestro bien?

—En la virtud.

Tranquilo tu corazón
tendrás si oyes la lección
de estos mis ecos sinceros,
y aprendes *cuán pasajeros*
los bienes del mundo son.

L.

El niño y el loro.

La conocida canción
que empieza *«lorito real»*
repetía muy formal
un loro desde el balcón.

Pasó por allí un muchacho
y á escucharle se paró;
pero el loro que lo vió
llamóle al chico *«borracho»*.

«Yo borracho, dijo el chico,
mentiroso, baja, baja,
porque llevo una navaja
para cortarte ese pico.

Llamarme borracho á mí
á quien vino no bebió;
ya te arreglaría yo
como te pillara aquí.

Te aseguro yo, mal bicho,
que de mí te acordarías
y á decir no volverías
esa palabra que has dicho.

Perdonad á ese infelice,
dijo al pasar un señor,
que ese pájaro hablador
no sabe lo que se dice.

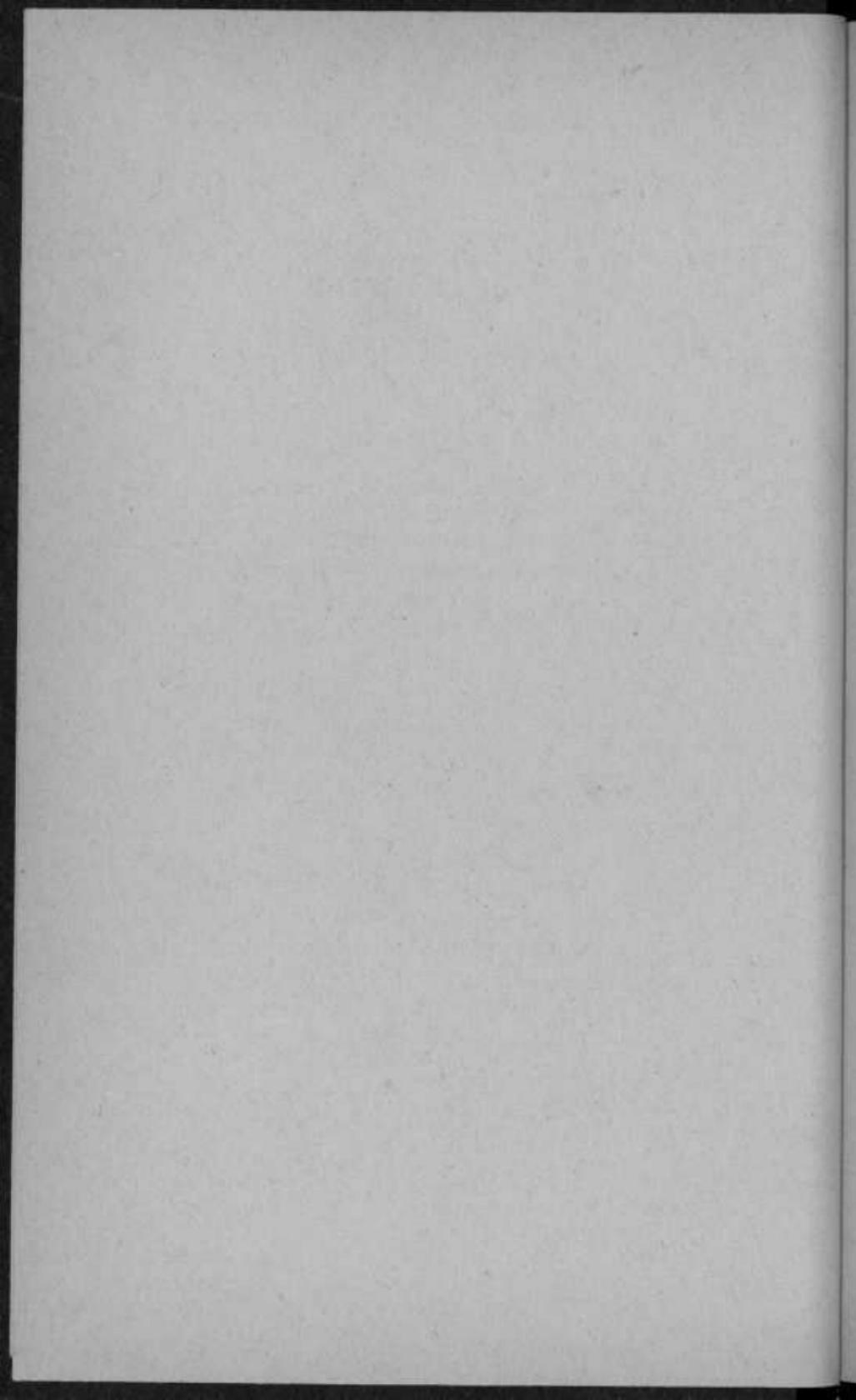
No hace más que repetir
sin comprender el sentido
las expresiones que ha oído
á las personas decir.»

«Yo le perdono por mí,
dijo el chico, si no hay culpa,
pero no tienen disculpa
los que le enseñan así».

Y habló con mucha razón,
aplicable á ciertas gentes
que palabras imprudentes
pronuncian sin reflexión;

sin ver que *los parvulitos*
son eco de los mayores,
y simples repetidores,
lo mismo que los loritos.







LIBRO II

FABULAS RELIGIOSAS

I.

Là gran ciencia.

Salían á paseo,
casi todas las tardes,
un niño muy curioso
y un bondadoso padre.

Durante el ejercicio,
al hijo, el padre amante,
daba sabias lecciones
sobre todo morales.

Un día que llegaron
en coloquio amigable,
á un soberbio edificio,
templo de ciencia y artes,
el niño quiso verle,

mostrando instancias tales,
que el padre satisfizo
deseo tan loable.

Ambos allí examinan
pinturas admirables,
esculturas sublimes,
obras monumentales:
dignos frutos del genio,
que asombra las edades,
y que á muchos artistas
hicieron inmortales.

Enagenado el niño
ante bellezas tales,
con entusiasmo exclama
en tono suplicante:

— «Papá, aprender deseo,
á hacer cosas iguales,
para ser como aquellos
un artista notable;
porque, según alcanzo,
no existe honor más grande
que ser un gran maestro
en la ciencia ó el arte».

— «Muy bien el padre dice,
me place en enseñarte;
pero antes que todo eso,
hay otro aprendizaje
más noble y excelente,
más útil é importante:
¿No sabes cual es, hijo?
— «Lo ignoro, mi buen padre.»
— «Pues bien, voy á decirlo,
ya que tú no lo sabes.

*Primero que las ciencias
y que las bellas artes,
muy útiles, sin duda,
y muy recomendables,
hay más altos destinos,
y estos son, hijo amante,
el Arte de ser bueno,
la Ciencia de salvarse.*

II.

Un mal paso.

Con carga no muy ligera,
un mozalvillo valiente
va subiendo lentamente
los pasos de una escalera.

Ha oído á la senectud
que es la vida un ejercicio,
que lleva hacia abajo el vicio
y hacia arriba la virtud.

Es el camino tortuoso;
pero con empeño asciende
el joven, porque pretende
la fama de virtuoso.

Mas, por fiarse en sí mismo,
por ignorancia ó torpeza,
en un mal paso tropieza
y va rodando al abismo.

Maldice su suerte mala,
y aun fué lo peor del caso
que no rodó un solo paso,
sino los que hay en la escala.

Y quedóse en la caída
tan quebrantado é inerte,
que anduvo cerca la muerte
de arrebatarle la vida.

Un anciano que le vió
en el abismo tendido,
del pobre compadecido,
de esta manera exclamó:

*Como tú, por varios modos,
el hombre que no repara
en un vicio, no se para
hasta recorrerlos todos.*

III.

Angeles ó diablillos.

Un celoso maestro
salió con sus discípulos
en la tarde de un jueves
á un paseo instructivo.

Después que visitaron
monumentos artísticos,
llegaron á una fábrica
de cerámica y vidrio.

El profesor quería
darles sobre este oficio
ó arte, una enseñanza
de un modo intuitivo.

A este fin solicita
que los obreros mismos
expliquen y trabajen
delante de los niños.

Gustosos accedieron
los operarios listos,
y... manos en la masa
pusieron con ahinco.

Era de ver con cuanta
destreza y artificio,
salía de sus manos
el barro convertido
en platos, fuentes, jarros,
cántaros y botijos,
pucheros y cazuelas,
barreños y lebrillos.

Llamaron sobre todo,
la atención de los niños,
las obras primorosas
de un artista diestrísimo.

Este, tomando un poco
de barro humedecido,
dále forma en sus manos,
y, con sus dedos vivo,
á los pocos minutos
una figura hizo,
bella, esbelta, con alas,
un precioso angelito.

Después el operario
tomó del barro mismo,
otro poco, y con ello
formó otro muñequito;
pero era feo, horrible,
con cuernos y rabillo,
con uñas como un buitre,
con rostro como un mico.

Al ver tal figurita

riéronse los chicos,
y todos celebraron
las gracias del diablillo.

Explicóles el hombre
de su arte el mecanismo,
y por fin de enseñanza
de este modo les dijo:

*«Como este barro dócil
me parecen los niños,
y á padres y maestros
les comparo conmigo;
según que os eduquen
en la virtud ó el vicio,
habréis de ser vosotros
ó ángeles ó diablillos.*

IV.

El gran predicador.

Para seducir mejor
al hombre con su artificio
un diablo emprendió el oficio
de hacerse predicador.

El tuno con cierta táctica,
muy buenas cosas decía;
por más que á la teoría
no acompañaba la práctica.

En sus pláticas amenas
usaba oratorias galas:
las palabras no eran malas;
mas las obras no eran buenas.

Y el pueblo llegó á observar,

á pesar de su elocuencia,
que media gran diferencia
entre el decir y el obrar.

Pues hoy á los que predicán
de palabra ó por escrito,
no se hace caso maldito,
sí lo que hablan no practican.

Así el que habla ó escribe
sepa, si no se le alcanza,
el refrán de Sancho Panza:
«Bien predica quien bien vive.»

Que, *obrar bien es lo mejor,*
aunque la lengua esté muda;
porque el ejemplo, sin duda,
es el gran predicador.

V.

Ingratitud humana.

Un padre bondadoso
tenía varios hijos,
á los que dispensaba
inmensos beneficios:
dábales el sustento
á la vida preciso,
y cuanto es necesario
para vivir tranquilos,
casa donde morar,
sin temor ni peligros,
y para resguardarse
de la intemperie, abrigo:
una mesa abundante,

un lecho blando y limpio,
y una instrucción basada
en el Amor divino.

No perdonaba el padre
penosos sacrificios,
para hacer buenos, sabios,
á seres tan queridos.

Es de esperar, por tanto,
que estos agradecidos,
á su padre pagaran
cuidados tan prolijos;
mas ¡ay! por el contrario,
algunos pervertidos
con negra ingratitud
olvidan los servicios.

Pero... ¿qué lo extrañamos,
cuando tantos impíos,
á su divino Padre
corresponden lo mismo?

De su pródiga mano,
tenemos recibido
una vida y un alma,
potencias y sentidos,
y el corazón que encierra
un amor infinito.

Además, ha criado,
para nuestro destino,
los brutos de la tierra
del mar los pececillos,
las aves de los aires,
de los campos el trigo,
los frutos de las plantas,
las aguas de los ríos,

los metales preciosos
en el suelo escondidos;
el Sol que nos alumbra
con su rayo encendido,
la Luna que nos guía
de noche en el camino,
y los astros que adornan
el Cielo con su brillo.

Pues bien; *si tantos bienes
nos dispensó benigno,
¿qué conducta más justa
que estarle agradecidos?*

*Porque ¡ay de los ingratos
que paguen con olvido
á un Padre, á quien le deben
tan grandes beneficios!*

VI.

Un valiente.

Tenia que hacer un viaje
por peligroso paraje
el magnate de un lugar;
quién rogó á varios vecinos
si por tan malos caminos
le quieren acompañar.

Unos cuantos animosos,
ofreciéronse gustosos
á seguirle sin temor;
los que en otras ocasiones.
dieron prueba á los ladrones
de un indomable valor.

Entre ellos, un temerario
se presentó voluntario
á ir del caballero en pos;
afirmando (aunque blasfeme)
que su corazón no teme
á ningún hombre... ni á Dios.

Al oír tal heregía,
«No quiero tu compañía,
(dice el caballero así):
porque más que los ladrones
estos necios valentones
me causan temor á mí.»

*Lo propio que el caballero,
tampoco á mi lado quiero
gente de tanto valor;
pues temo á Dios en extremo,
y después de al Señor temo
al que no teme al Señor.*

VII.

Fines contrarios.

Refieren que el avestruz,
ladeando su cabeza,
con un ojo mira al cielo,
y con el otro á la tierra:

Así puede el animal
mirando de esta manera
escapar á los peligros
que de ambas partes le asedian.

Parece que tal costumbre
es hija de la prudencia

y no ha de faltar alguno
que la practique y defienda.

*Será previsión laudable
obrar con dicha cautela;
pero por mí sé decir,
que su actitud me recuerda,
la de los tibios cristianos,
cuya mirada enderezan
hacia la gloria, el un ojo,
y el otro... hacia las riquezas.*

VIII.

Armas poderosas.

«El leer y el escribir,
(dijo á un maestro un pastor)
¿para qué sirven? y al punto
el maestro respondió:

«La lectura y escritura
hijas de la lengua son,
y como ésta, son dos armas
muy poderosas las dos:
con ellas, ya se defienden
la iniquidad y el error,
el vicio, la violencia,
el engaño y la traición;
ó bien con ellas se atacan
la moral, la religión,
la verdad y la justicia,
la inocencia y el honor.

Armas que, según se empleen,

sirven lo mismo las dos,
para maldecir al hombre
que para alabar á Dios.

*Oídas tales palabras,
el buen zagal comprendió
que estas poderosas armas
en si mismas buenas son;
y que solo del empleo,
que hagamos de su valor,
podrá convertirse en malo
lo que es un precioso don.*

IX.

Abuso del bien.

Aunque juzgues invento,
lector, lo que te cuento,
verdad es cuanto digo,
según me aseguró veraz testigo.

El caso fué, en efecto,
que un pequeño nació con el defecto,
que á todo el mundo choca,
de aparecer la lengua con la boca
soldada de manera,
que no podía hablar, aunque quisiera.

Creciendo fué el chiquillo
sin poder desprenderse del frenillo,
hasta que un cirujano,
con diestrísima mano,
hizo una operación y cortó el nudo,
consiguiendo el lenguaje el pobre mudo.

Cualquiera esperaría
que á Dios y al bienhechor alabaría
por el gran beneficio
de disponer su lengua al ejercicio;
pero muy lejos de eso,
el chico ejercitaba la sin hueso,
en blasfemar de Dios y de los santos,
en decir torpes cantos,
en murmurar del prójimo inocente,
llegando al cabo á ser un maldiciente,
de boca tan impía,
que escándalo causaba á quien le oía.

A tal grado llegó, que se asegura,
que el que le hizo la cura
irritado al chicuelo un día dijo:
«Si yo supiera, hijo,
que usarías en mengua
de tu Dios y tu prójimo la lengua,
mejor hubiera hecho, no lo dudo,
en dejarte como antes, siempre mudo.

¡A cuántos la lección
será de muy cumplida aplicación!

*Muchas veces el hombre con sus vicios,
abusa de los altos beneficios
que con pródiga mano
le dotó el Supremo Soberano;
y para hacer mal uso
de lo que para el bien Aquel dispuso;
¡Cuánto mejor le fuera
que nunca tales bienes recibiera!*

X.

Lazos convenientes.

Una lámpara pendía
de una bóveda elevada,
y del cordel se quejaba
que al aire la sostenía.

«Ignoro por que pecado,
decía con desconsuelo,
estoy pendiente del cielo,
como cuerpo ajusticiado.

De este suplicio crüel
romperé la servidumbre,
abrasando con mi lumbre
los nudos de ese cordel.»

Consigue quemar los lazos
que estorban su libertad,
mas libre, la gravedad
la hace en el suelo pedazos.

Al mirar suerte tan dura,
la cuerda, compadecida,
dijo: «Tienes merecida,
lámpara, tu desventura.»

*Hay lazos que son sostén,
y los llamamos cadenas,
cuando evitan muchas penas,
y sirven á nuestro bien.»*

XI.

Los primeros.

Los cuatro palos
de un argadillo
giran veloces
sobre otro fijo.

Uno de entre ellos
más presumido,
dice altanero
á sus amigos:

«De entre los cuatro
el primerito
soy yo, sin duda,
porque es sabido
que andáis vosotros
en torno mío.»

Pero el segundo
sintióse herido
de las palabras
que el otro dijo,
y de este modo
contesta altivo:

«Calle y no diga
tal desatino;
pues ¿quién ignora
que el preferido
soy yo por cierto,
por ser clarito
que de vosotros
marcho seguido?»

Mas el tercero
no se convino,
pues tras él ruedan
sus amiguitos.

Tampoco el cuarto
se ha convencido,
porque sostiene
con harto brío,
que tras él siguen
los antedichos.

Ninguno cede
el primer sitio,
y disputaran
siglos y siglos,
si el palo inmóvil
no hubiera dicho:

«Sobre este punto
lo que yo opino,
es que sois todos,
según el giro,
ya los que siguen,
ya los seguidos;
que el movimiento
es relativo,
y el de vosotros
como en el círculo
tener no puede
fin ni principio.»

Sin duda alguna
lo que les dijo,
es aplicable
al hombre mismo.

Las preferencias
y altos destinos
que el mundo vano
ha establecido,
solo son nombres,
fugaces signos,
algunos frutos
del egoismo;
mas á los ojos

del Ser Divino
no son los hombres
altos ni chicos,
que Él sólo es grande,
sabio, infinito.

*Pues, como dice
ya Jesucristo,
en donde reinan
los escogidos,
no valen bienes,
riquezas, títulos,
y son primero,
los más sencillos.*

XII.

El maldiciente.

Grandes piedras endereza
un rapaz á un campanario;
mas por efecto contrario
una cayó en su cabeza.

Castigo fué á su torpeza,
dirá alguno más prudente.

*Así pasa al maldiciente
que contra el Cielo blasfema;
porque el divino anatema
recae sobre su frente.*

XIII.

Hay fe.

Jugaban sobre el fogón
de la cocina, dos gatos
que sostenían á ratos
amena conversación.

Se sabe que estos señores
tienen la rancia costumbre,
de calentarse á la lumbre
y dormirse á sus amores.

Se entabló una tarde, pues,
entre esta gente gatuna,
una cuestión importuna
que ellos juzgan de interés.

Porque versaba su charla
sobre si habría ó no fuego
bajo la ceniza, y luego,
empezaron á escarbarla.

Atrevido Micifut
hundió la garra allá dentro,
mas tuvo el fatal encuentro
de una brasa y dijo: ¡fut!

«¿Quién al verlo juzgaría
que estaba el fuego latente
bajo una capa aparente
de una ceniza tan fría?»

Quedóse el gato escamado,
y tuvo por caso cierto,
de que no está el fuego muerto,
aunque parezca apagado.

*Igual chasco en religión
se llevaría el impío,
si juzgara muerto y frío
el fuego en el corazón.*

*Porque es ciego el que no ve,
al penetrar en el templo,
cristianos que dan ejemplo
de tener viva la fe.*

XIV.

La base segura.

Refieren graves autores
que un caballero muy rico,
mandó elevar un palacio
para sí y para sus hijos.

A este fin buscó operarios
y materiales magníficos,
llegando á los pocos años
ver su objeto conseguido.

Era el palacio elegante
y de un gusto nunca visto,
suntuoso, proporcionado,
capaz, bien distribuido.

Era, en fin, la admiración
de extraños y de vecinos,
quienes celebran el arte
del maestro que lo hizo.

Mas se notaba un defecto,
(yo no sé por que descuido)
y erá el hallarse situado
en terreno movedizo.

Así fué, que en poco tiempo,
por los vientos combatido
y las aguas socavado,
el palacio al suelo vino.

Conoció el maestro entonces,
y el señor que hacerle quiso,
que no es durable la obra
cuando el cimiento no es fijo.

*Maestros, amantes padres,
notad que pasa lo mismo,
en la obra que emprendéis
de educar á vuestros hijos.*

*Si en la religión cristiana
no se fundan los principios,
falta es la obra de base,
el terreno movedizo,
y de vuestra educación
el majestuoso edificio,
por el esfuerzo incesante
de los fieros enemigos,
con estrépito terrible
vendrá al suelo destruido.*

XV.

Administrador infiel.

De un poderoso señor
era el administrador
principal,
un sugeto que en orgías
gastaba todos los días
un caudal.

Amigo de diversiones,
iba á bailes y á funciones
á gozar;
que mientras el cargo dura
no hay sino vida y dulzura
y esperar.

Y como nada le basta
del dueño la hacienda gasta
el infiel;

Mas ¡ay pobre! cuando el trance
llegue de hacer el balance
en San Miguel.

Entonces verá el aleve
que resulta mucho *debe*
poco haber;

y que el señor indignado
condena á su apoderado
á padecer.

*Como, él tú, si empleas mal
el prestado capital,
pecador,
en vano librate intentas,
cuando tengas que dar cuentas
al Señor.*

XVI.

Siempre al revés.

El caso es que servía
á una señora bien acomodada
una pobre criada,

que siempre se dormía
en la hora para el rezo destinada.

En cambio, es cosa cierta
que al oír murmurar del vecindario
la doméstica alerta,
por más que se dormía en el rosario,
en la crítica estaba muy despierta.

*En todos los estados
á la criada hay hombres parecidos,
que viven descuidados,
para las buenas obras, adormidos,
para las malas obras, desvelados.*

XVII.

La vara de medir.

Paso á paso, lentamente,
marchaba por un camino
un padre sexagenario,
acompañado de un hijo.

Este, ingrato, como hay muchos,
tiene el perverso designio
de dejar en la ciudad
al anciano en un asilo.

Cansados de la jornada
á su padre dice el hijo:
— «Sentémonos aquí un poco
en este agradable sitio.»

Obedece aquel, y pronto,
hondamente conmovido,
comenzó á llorar diciendo:
— «¡Cuán justo sois, Dios bendito!»

Pregunta el hijo la causa
de aquellos llantos y gritos,
y entre lágrimas el padre
le respondió:—Aquí, hijo mío,
sentóse también tu abuelo
cuando le llevé al hospicio;
y por mi necia conducta
dáme el cielo igual castigo.»

Oyólo el hijo asustado,
juzgólo prudente aviso,
y ordenó volverse al punto
hacia su pueblo nativo:

diciendo:—No quiero que
llegue un día en que mis hijos
disponga la Providencia
que obren lo mismo conmigo.

Porque, *según vos decís,*
y según lo que percibo,
con la vara que midiéremos
seremos también medidos.

XVIII.

La pequeñez humana.

Una bella cuidaba
con esmerado trato
de unos tiestos de flores
que en el balcón tenía colocados.

Un clavel quiso un día
poner en su peinado;
mas al cogerle observa
de la flor en el cáliz un gusano.

Asustada la bella
le arroja de la mano,
que dé insectos y orugas
el movimiento y forma le dan asco.

El miserable insecto,
viéndose despreciado,
increpa de este modo
á la que aún del susto está temblando.

— «Hermosa es tu figura,
encantador tu garbo;
pero yo no merezco
que tu belleza me desprecie tanto.

En verdad te aseguro,
á fe de gusarapo,
que algún día tu cuerpo
vendrá de mis hermanos á ser pasto.

*Que los vivientes todos,
que hay de tejas abajo,
ante el Dios infinito
no somos otra cosa que gusanos.*

XIX.

El mayor cansancio.

Una porción de animales,
de recreo y de labor,
criábanse en los corrales
de los dominios rurales
que tenía un labrador.

Cierto día se cansaron
de vivir en servilismo;

muchos de ellos se asociaron
y en huelga se declararon
como los hombres, lo mismo.

Llamóles el hombre á juicio
á que aleguen la razón
de su determinación,
y expongan allí el perjuicio
que les causa su patrón.

Los citados acudieron,
y después de interrogados
unánimes respondieron:

«Señor, ya estamos cansados.»
Y oíd la excusa que dieron:

- «El buey: «Yo de trabajar.»
- El perro: «Yo de correr.»
- El gato: «Yo de jugar.»
- El gallo: «Yo de cantar.»
- El asno: «Yo de pacer.»

Y hasta el marrano pesado,
tendido en su muladar,
gruñó en tono destemplado:
«Yo también estoy cansado...
cansado... de descansar.»

Al oír tal insolencia
el amo silencio puso
diciendo á la concurrencia:
«El trabajo es la sentencia
que á todos Dios nos impuso.»

*Es una ley trabajar,
según ordenó el Señor,
y es natural descansar;
aunque el cansancio mayor
es el cansancio de holgar.*

XX.

Presunción necia.

En un campo de altramuz,
una noche de verano,
mostraba su don ufano
un gusanillo de luz.

Mientras oía el rumor
con que los seres vivientes
en lenguaje diferente,
bendicen al Criador,
decía el insecto así:
>¿A qué planta ó animal
dió el cielo un don igual
como el que me ha dado á mí?

Mediante la claridad
que llevo siempre conmigo,
seguro el camino sigo
en la negra oscuridad.

Y el pobre, por el contrario,
que luz como yo no lleva,
que no deje el nido ó cueva
por temor al adversario.>

Esto decía el pobrete,
cuando un buho cazador,
guiado del resplandor,
al insectillo acomete;
y sin escuchar la pena
del gusanillo cautivo,
que se envanecía altivo,
le sirve al buho de cena.

Otro gusano que vió
el fin de su compañero,
escondido en su agujero,
de esta manera exclamó:

*«No hagas vana ostentación
de aquellos dones que tienes,
pues muchas veces los bienes
causan nuestra perdición.»*

XXI.

Los dos testigos

Oídme, pequeños,
que voy á contaros
un caso curioso
que á mí me ha pasado.

Allá, en otro tiempo,
siendo yo muchacho,
recuerdo que había
en mi casa un cuadro;
viejísimo, grande,
en lienzo pintado,
de oscuro color,
de autor no muy claro.

Era la pintura,
á lo que yo alcanzo,
por traje y aspecto
de algún monge santo.

Su rostro severo
su hábito y manos,
su capucha y barbas

y sus pies descalzos,
poníanme miedo,
causábanme espanto.

Lo más admirable,
como lo más raro,
era su mirada
hacia todos lados:
miraba de frente,
miraba al soslayo,
miraba hacia arriba,
miraba hacia abajo;
nada hacer podía
tranquilo en mi cuarto,
que en todas las partes
veíame el Santo.

Sucedió que un día,
para mi aciago,
hice una diablura
propia de muchacho:
y fué que mi madre
guardó en el armario
una golosina
de todo mi agrado.

La ví tan hermosa
y... tentóme el diablo:
cogíla y ansioso
huí de mi cuarto,
temiendo repulsas
del tétrico santo.

Marchéme á la cueva,
lugar apartado,
y allí, sin testigo,
merendé el regalo.

Al ir á mi estancia,
la cabeza bajo
queriendo esquivar
la imagen del cuadro:
de vergüenza lleno,
confuso, turbado,
sin saber que hacía
(tiemblo al recordarlo)
oí que decía,
(ó creí escucharlo)

*« Si para pecar
te ocultas, malvado,
siempre hay dos testigos
de que huyes en vano.*

*Testigos atentos,
que observan tus pasos,
y que siempre miran
como yo lo hago:*

*Uno es tu conciencia
que ve tu pecado:
otro está en el cielo
y ve desde lo alto.*

XXII.

Belleza del justo.

Una niña corría placentera
en pos de hermosas flores,
al tiempo que la alegre primavera
las pinta de colores.
Buscando va la niña diligente

las más puras y bellas,
con las cuales ceñir quiere su frente
y adornarse con ellas.

Encuentra violetas entre yerba
y entre espinas las rosas;
mas cubiertas están; según observa,
de orugas asquerosas.

La candorosa niña se retira,
sin tocar con sus manos,
las purísimas flores que allí mira,
por miedo á los gusanos.

Contrariada les dice: «¡Insectos viles!
(la niña con tristeza)
me privais que con flores tan gentiles
adorne mi cabeza.»

—«Si quieres mitigar tu desventura
(le contestan al fin)
Vuelve dentro de poco, criatura,
por flores al jardín.»

Pasaron unos días, y en efecto,
vuelve aquella por rosas;
pero había cambiado ya el aspecto,
pues halla mariposas.

Estas, cual las orugas, no la asustan,
antes por el contrario,
sus alas brillantísimas le gustan,
y su volar tan vario.

Y como la cautivan con su vuelo,
la niña juguetona
las persigue saltando con anhelo,
hasta que una aprisiona.

—«Oh que bella! (le dice) ¡qué colores
abrillantan tus alas!

te alimentas del jugo de las flores
y te vistes sus galas.

Primavera contigo dadivosa,
te adornó de luz y oro:

¡oh! no comprendes bien, tú, mariposa,
¡cuánto, cuánto te adoro!»

— «¿Te agradan, linda niña, (dicen ellas)
nuestros bellos matices?

pues las mismas que miras son aquellas
orugas infelices:

Repugnancia causamos al orgullo
antes de nuestra muerte,
y al volver á la vida del capullo
nos transforma la suerte.

*Si quieres tú algún día ser dichosa
vive pura en el suelo,
y después de tu muerte, más hermosa
vivirás en el Cielo.»*

XXIII.

Sabios y buenos.

Iba un sabio profundo
predicando á los hombres por el mundo
una buena doctrina;
casi, casi, divina
diciendo: «¡Ciudadanos!
todos somos hermanos
y debemos tener fraternidad,
libertad, igualdad....

El pastor como el rey
lo mismo deben ser ante la ley.»

Suponiendo, señores,
que deba haber monarcas y pastores.

Mas el sabio cumplía
aquello que decía?

¿No se tendría el mismo por primero
que el rústico, el mendigo y el obrero?

El sabio el bien predica
que no siempre practica;
sólo el nombre de bueno pertenece
al que dócil lo cumple y obedece.

Una cuestión, lectores,
para los jueces rectos y serenos,
*¿Quienes de entre los hombres son mejores,
los sabios, ó los buenos?*

XXIV.

Aun es tiempo.

Un mancebo tenía
que hacer un viaje,
para un asunto propio
muy importante.
el caso es serio;
mas... para hacer el viaje,
aún es tiempo.

Para no sentir tanto
la despedida,
convida á los amigos
y á las amigas;
pues juzga el necio
que, para hacer el viaje,
aún es tiempo.

En placeres y amores
livianos pasa
el tiempo que le resta
hasta la marcha,
sigue creyendo
que, para hacer el viaje,
aún es tiempo.

El reloj de la villa
suena las horas;
pero estas son muy breves
para el que goza;
no vive inquieto,
pues, para hacer el viaje,
aún hay tiempo.

Hastiado de placeres
creyó, por fin,
que el momento ha llegado
para partir.

Marcha ligero,
mas el tren ha pasado,
y... ¡ya no es tiempo!

*Como este joven necio
existen muchos,
que buscan los placeres
vanos del mundo,
y cuando al Cielo
encaminan sus pasos,
¡Ay! ¡ya no es tiempo!*

XXV.

La buena dirección.

Un labrador miraba
inundado su campo
por un crecido río,
que corría furioso, desbordado.

En sus revueltas ondas
arrastraba mezclados
minerales diversos,
que enterraba los fértiles sembrados.

El labrador lloraba
tan imponente estrago,
y suspiraba al Cielo
remedio á su desgracia y desamparo.

Oyó aquel sus lamentos
y le dijo apiadado:
— «Encauza ese torrente
y cambiará tu suerte, desgraciado.»

Obedece el labriego
y ve con gusto, es claro,
que, en elemento bueno
se transforma, el que tuvo antes por malo.

Las aguas utiliza
para moler los granos,
y con las mismas riega
las plantas en los meses de secano.

*Como él los hombres deben
tener igual cuidado,
de que fieras pasiones
no ahoguen sus instintos más preciados,*

*Encauzarlas al bien
debe todo cristiano,
y utilizar sus fuerzas
para obrar santamente y sin desmayo.*

XXVI.

La máquina humana.

Por los carriles
de férrea vía,
potente máquina
veloz camina.

De negro aspecto,
de roja vista,
semeja sierpe
que se desliza.

Conmueve el suelo,
furiosa silba,
arroja brasas,
vapor respira.

Son su alimento,
que le dan vida,
líquido y piedras,
fuego y cenizas.

Zancas de acero
encoge, estira,
avanza, corre,
vuela, domina.

Cruza los valles,
hiende colinas,
salta los ríos,
llega á las villas.

Pueblos y aldeas
alegra, anima,
seres vivientes
arrastra, agita.

Su rauda marcha
sorprende, admira,
al deslizarse
larga, tendida.

El hombre al verla
que es, imagina,
horrenda fiera,
serpiente viva,
que del averno,
echando chispas,
la condenada
huye maldita.

Rápida ó lenta,
constante gira,
obedeciendo,
dócil sumisa,
la voluntad
del maquinista,
que inteligente
es quién la guía.

*También el hombre
máquina es viva,
perfecta, como
obra divina.*

*Es fin el cielo,
la virtud vía,
la mente sea
quien la dirija.*

XXVII.

El oro y el hierro.

Por acaso se encontraron
el oro y el hierro un día,
y este diálogo entablaron
acerca de su valía.

— Soy el rey de los metales
por los hombres acatado.

— Yo también por los mortales
soy con frecuencia buscado.

— Difundo mis beneficios
á las ciencias y á las artes.

— ¡Pero no cuentas los vicios
que siembras por todas partes!

— ¿A cuántos de esclavitud
mi valor no redimió?

— Pues á fe que esa virtud
la tengo lo mismo yo.

— Venzo las dificultades
que halla el hombre en el camino.

— Y, ¿á cuántas iniquidades
no llevas, oro mezquino?

— Sirves al ladrón, sin duda.

— Y tu incitas al ladrón.

— Prestas al traidor ayuda.

— Y tú premias la traición.

- Empleas la violencia
para luchar y vencer.
— Tú seduces la inocencia
con tu maldito poder.
— Calla, calla, vil metal.
— Engendro de la codicia.
— Auxiliar del criminal.
— Comprador de la justicia.
— No niegues hierro villano
que yo presto mucho bien.
— Reconoce, oro tirano,
que yo lo presto también.
— El rey me tiene en aprecio
porque ciño su cabeza.
— Y ¿cuántas miserias, necio,
encubres con tu riqueza?
— Nadie, hierro despreciable,
puso en duda mi valía.
— Tampoco, oro miserable,
dudó nadie de la mía.
— Somos contrarios los dos.
— Y ambos odiados rivales.
— Pues queda con Dios.
— ¡Adiós!

se contestan los metales.

Sellaron después sus labios,
separándose enemigos,
y ambos sus mutuos agravios
contaron á los amigos.

Uno de estos, no sé quién,
diz que les dijo imparcial:

Fuistéis hechos para el bien,
aunque á veces obráis mal;

*que en el Universo, opino,
son las cosas acabadas,
si cumplen bien el destino
para que fueron criadas.*

*Y Dios todo lo dispuso
del hombre para el servicio,
y nace el mal del abuso
del divino beneficio.*

XXVIII.

Malos propósitos.

En una viña
de la campiña
á coger uvas entró una vez,
un rapacejo
que era ya viejo
en travesuras de este jaez.
Pero no aguarda
al fiero guarda,
que siempre estaba ojo avizor,
quien le sorprende,
y al chico prende
por atrevido, por malhechor.
El rapaz llora,
piedad implora,
y para al guarda moverle más,
jura y perjura,
y hasta asegura,
que á coger uvas no irá jamás.
Tantos lamentos

y juramentos
de no ser malo, hizo el rapaz,
que convencido
y conmovido,
dijole el guarda: «Camina en paz».
Lo que ofreció,
pronto olvidó;
que el rapazuelo volvió á la vid:
y el guarda esquivo
cogió al furtivo
segunda vez, en el desliz.
Vuelta á llorar,
y á suplicar,
que será bueno vuelve á ofrecer,
con grande llanto,
con ruego tanto,
que el chico al hombre logró vencer.
Mas... ¿quién dijera
que vez tercera
á coger uvas ha de tornar?
como es extraño
que tanto daño
el guarda vuelva á perdonar.
*Cuántos malvados
por sus pecados
al sacerdote piden perdón:
y conseguido,
danle al olvido,
y á vivir vuelven en corrupción.*

XXIX.

Las cuentas.

Regaló un padre
á sus dos hijos
una peseta
y un *perro* chico.

Saber desea
cual es el giro
que á las monedas
darán los niños.

El de la plata,
como más rico,
compró aleluyas,
cromos bonitos,
calcomanías
y otros caprichos.

En cambio el otro,
caritativo,
dió su moneda
á un huerfanito:
que siente hambre,
que tiene frío,
que anda descalzo,
falto de abrigo,
que no conoce
lo que es cariño;
porque sus padres
han fallecido,
y le dejaron
sin pan ni asilo,

desamparado,
triste, solito.

Cuando al dar cuenta
después sencillos,
de en que el dinero
han invertido,
el padre amante
así les dijo:

«Veo que aquel
con quien he sido
más dadivoso
y más benigno,
ha malgastado
el don más rico
en cosas fútiles,
acaso en vicios.

No así el hermano
de don mezquino
que lo ha empleado,
con buen aviso,
en dar socorro
al desvalido.

Por eso al uno
justo critico
mientras al otro
le felicito.»

*Así en el mundo
vemos muchísimos,*

*que dones altos
han recibido
y los emplean,
como estos niños;
bien el más pobre,
y mal el rico;
mas ¡ay del día
que el ser divino
estrecha cuenta*

*pida á sus hijos
de en que emplearon
los beneficios
que para el bien
han recibido!*

*Es padre justo,
y el día del juicio
¡á cuántos de ellos
dirá lo mismo!*

XXX.

La victoria.

Cerca de una aldea
sin temor ni daño
hermoso rebaño
guardaba un pastor.

Las mansas ovejas
tranquilas pacían
y ajenas vivían
de daño y temor.

Un día ¡inocentes!
algunos corderos
marcharon ligeros
por libres vivir.

Apenas se hallaron
solos, estos bobos,
miraron dos lobos
del monte salir.

En lance tan crítico
que hacer examinan,

algunos opinan
luchar con valor.

«¿Luchar? es locura:
(dicen otros varios
menos temerarios)
hüir es mejor.»

Y sin más razones
unos escaparon
y al cabo llegaron
de nuevo al redil;
más los animosos
que al lobo se fueron
en garras murieron
de animal tan vil.

*Como éstos, algunos
por vanos alardes
de no ser cobardes
se ven perecer;
que asedian al hombre
fieros enemigos;
con ellos, amigos,
hüir es vencer.*

XXXI.

El cañón y la campana.

Se alzaban con fin contrario
en lo alto de un montecillo,
un formidable castillo
y un altivo campanario.

Desde donde, una mañana

trabaron conversación,
un acerado cañón
y una argentina campana.

Y el primero más osado,
como más fuerte sin duda,
de este modo la saluda
con ronco son destemplado.

— «Diga, hermana, no comprendo,
porque para mí es extraño,
que para tan poco daño
emplee tan grande estruendo;
pues tiene bien demostrado
que, con sus sonidos graves,
asusta sólo á las aves
que posan sobre el tejado.

A mi juicio bien mereces
que se te aplique el refrán
de que es tu vano tin, tan,
más el ruido que las nueces.»

— «Calle, hermano criticón,
(la campana le contesta)
porque mucho más molesta
el estruendo del cañón:
y sepa, ya que me arguye,
y sin razón me critica,
que mi sonido edifica,
mientras el suyo destruye.

Mis acentos argentinos,
difundiéndose lejanos,
llaman á los parroquianos
á los oficios divinos:
donde predico la paz
á los hombres en la tierra,

al paso que tú la guerra
pregonando vas audaz.

Mi máspreciado tributo
es llevar el hombre al Cielo:
el tuyo es sembrar el suelo
de estrago, de llanto y luto.

De manera que, ante Dios
y ante los justos mortales,
¿quién ocasiona más males
y hace más bien de los dos?»

Hizo la interrogación
con sonido tan agudo
aquella, que dejó mudo
y avergonzado al cañón;
aprendiendo de esta suerte
la lección, que nunca olvida,
de que ella sirve á la vida,
mientras el sirve á la muerte.

*Así á los hombres servir
suelen también con su hablar,
unos, para edificar:
y otros, para destruir.*

XXXII.

Los dos bueyes.

Dos mansos bueyes,
con lento paso,
de una carreta
marchan tirando.

Es duro el yugo,
el viaje largo,
la carga mucha,
el camino áspero.

Para remate,
de cuando en cuando,
fina agujijada
maneja el amo.

Los animales
van lamentando
su dura suerte,
sus tristes hados.

Piden al cielo
con tierno llanto,
que les conceda
pronto el descanso.

Sus hondas penas
iban llorando,
cuando á una vía
férrea llegaron.

Se detuvieron
allí, esperando,
que un tren pasara
que está cercano.

Ya avanza, cruje,
llega silbando,
envuelto en humo,
negro penacho.

Los dos rumiantes
ven asombrados
aquellos móviles,
que pasan rápidos;
pero aún les causa
mucho más pasmo
ver á otros bueyes
que van montados.

«Oh! (sorprendidos

dicen entrambos)
¡qué suerte tienen
esos hermanos!

Marchan en coche
con gran regalo,
haciendo el viaje
bien descansados;
mientras nosotros
rendidos vamos
con tanto peso
por ir cargados.»

Al oír sus quejas
les dice el amo:
«Sois, según veo,
dos mentecatos,
porque esos otros
que envidiáis tanto,
al matadero
marchan guiados;
pero vosotros,
por el contrario,
tras la fatiga
tendréis descanso,
pienso abundante
de heno y de grano,
cama bien limpia
y afable trato.»

«Siendo así, dicen,
vengan trabajos,
con nuestra suerte
nos conformamos.»

*Así en el mundo
muchos humanos,*

*de los placeres
marchan en brazos;
mas no envidiemos
su dicha y fausto;
porque... ¿quién sabe*

*si acaso, acaso,
entre los goces
y los regalos,
á eterna muerte
van condenados?*

XXXIII.

Presunción y Desconfianza.

A dar cuenta de sus obras,
cuando menos lo esperaban,
ante el tribunal de un rey
comparecieron dos damas.

Eran doña Presunción
y doña Desconfianza,
las dos grandes pecadoras,
ó por exceso ó por falta.

Y mientras se hallaban solas
esperando en la antecámara,
entre tan buenas amigas
mediaron estas palabras:

«Al verte tan afligida,
(es la Presunción quien habla)
parece que no conoces
el carácter del monarca.

Deje ese llanto importuno,
cese de llorar, hermana,
porque el rey es un bendito,
un pobrecillo, un Juan lanas;
tan piadoso, tan clemente,
que las más enormes faltas,

y los más graves pecados,
á sus ojos no son nada:
y así, todo lo perdona,
todo lo dispensa y pasa.»

— «No tengo yo esa creencia,
(dijo la Desconfianza),
sino que es un juez severo,
y de tan duras entrañas,
que por la culpa más leve,
por cualquier flaqueza humana,
condena á pena de muerte
á la persona más santa.»

Oyólas un palaciego,
oculto tras la mampara,
y al rey lo que ellas hablaron
refirióle sin tardanza.

Después, cuando á su presencia,
comparecieron las damas,
entre enojado y risueño
así les dijo el monarca:

«Juzgando como pensáis,
sois muy pecadoras ambas,
y las dos por vuestras culpas,
merecéis ser condenadas.

La una por presumida
mi recta justicia ataca;
y la otra mi clemencia
hiere por desconfiada.

Por tanto, de mí vosotras
no esperéis perdón ni gracia,
por haber pecado contra
la virtud de la Esperanza.

Lo mismo el rey de los cielos

*dirá algún día á las almas,
que esperan ganar la gloria
con presunción temeraria:*

*Por el extremo contrario,
tampoco lograrán gracia
aquellos que desesperan
con necia desconfianza.*

XXXIV.

Perdonar las deudas.

Preso por cuantioso débito
fué cierto día un deudor,
pidió para el pago prórroga,
y el Señor la concedió.

Viéndose ya libre el pícaro
á un su vecino encontró,
á quien una deuda mínima
exigió sin dilación.

No pudo pagarla el mísero,
y su cruel acreedor,
sin tener del pobre lástima
á cárcel le condenó.

De aquella conducta pérfida
tuvo noticia el Señor,
y al hombre perverso y áspero
indignado así le habló:

«Yo te perdoné benéfico
una cantidad mayor,
y tú una deuda tan ínfima,
reclamas, ¡hombre feroz!

Usando la propia lógica
que tu malicia empleó,
con tu vecino, esa, idéntica,
usaré contigo yo.»

Y sin piedad para el pésimo
por tan inhumana acción,
á la cárcel de los réprobos
para siempre le arrojó.

*Perdonemos, pues, al prójimo,
si es de nosotros deudor,
para que por deudas máximas
logremos también perdón.*

XXXV.

Los pecados capitales.

Sobre quién causa más males
en los míseros mortales,
tuvieron gran discusión
los pecados capitales,
presididos por Plutón.

Ser cada cual el primero
pretende en tono altanero,
y del triunfo los loores,
con razón, según infiero,
porque todos son .. peores.

Quiere llevar la bandera
la Soberbia, y exclamó:
«Calle la gente parlera
que de todos la primera
¿quién ignora que soy yo?»

«¡Oigan! (dijo la Avaricia)
de los que estamos aquí
blasonando de malicia:
¿Hay alguno que en justicia
pueda compararse á mí?»

«Sea el concurso imparcial,
(la Lujuria dijo á mano)
véase si tengo igual
en hacer mayor el mal
en todo el género humano».

«¡Silencio, pecados! (grita
la Ira con violencia)
nadie la palma me quita
de que soy la más maldita
de toda la concurrencia.»

Su pretensión y coraje
la Gula no disimula,
diciendo: «Nadie me ultraje
que ninguno hay que rebaje
al hombre como la Gula».

«Pues yo creo que merezco
de la victoria la palma,
(la Pereza dice en calma)
según al hombre envilezco,
lo mismo en cuerpo que en alma.»

La Envidia dice: «¡Atención!
No existe en la reunión
mal que cause tanto estrago
al hombre como yo hago,
royendo su corazón.»

«¡Callaos! (Plutón responde)
Basta ya de iniquidad,
que si he de decir verdad.

á la Envidia corresponde
el premio de la maldad.

Porque todos á mi ver
una gota de placer
encerráis en vuestro seno;
mientras ella su veneno
vierte siempre por doquier.

Además, mi juicio fundo
en que es tanta su perfidia,
y su daño tan profundo,
que el primer crimen del mundo
se cometió por la envidia».

*Y la cuadrilla infernal
reconoció aunque le asombre,
que, en los dominios del mal,
la Envidia no tiene igual,
para atormentar al hombre.*

XXXVI.

La lucha de la vida.

Iba un sabio meditando
en los muchos desconciertos
que ofrecen continuamente
los seres del Universo.

Parece (entre sí decía)
que en este mundo que vemos
hay una lucha constante
de cada ser con su adverso.

Al día sigue la noche,

sigue al verano el invierno,
repartiéndose el dominio
alternativo del tiempo.

Junto la planta que cura
brota la que es un veneno,
como junto á la que mata
nace la que da alimento.

Vive el animal dañino
junto al sencillo cordero,
y junto al ave canora
se cría el reptil protervo.

Cerca del hombre creyente
vive también el incrédulo,
como el inicuo y malvado
enfrente del justo y bueno.

Frente al orgulloso y noble
está el humilde y plebeyo,
y al lado del poderoso
encuétrase el pordiosero.

Junto al que ríe, el que llora,
junto al que goza, el enfermo,
y junto al que Dios alaba
se eleva audaz el blasfemo.

Análogas antinomias
se ven en el mundo interno
entre el alma, sus potencias,
sus obras y sus deseos.

Con frecuencia se presentan,
junto á la verdad, el yerro,
junto al querer, la impotencia,
junto á lo hermoso, lo feo,
junto á la virtud, el vicio,
frente al humilde el soberbio,

el impuro frente al casto,
y frente al justo al perverso.

Ensimismado iba el sabio
en aquellos pensamientos,
acaso poniendo tachas
á las obras del Eterno;
cuando próximo al camino
oyó cantar á un chicuelo:

*«Sin enemigo, no hay lucha,
sin lucha, no hay vencimiento,
sin vencimiento, victoria,
y sin victoria no hay mérito.»*

Aplicó el cantar el sabio
á lo que iba discurriendo,
y aprendió que se concierta
el mundo de desconciertos:
y que *es la vida una lucha,
de contrarios elementos,
en que vencer es preciso
para merecer el premio.*

XXVII.

Nuestro prójimo.

Dijo el Divino Maestro
que todos somos hermanos,
y que debemos servirnos
unos á otros y amarnos.

Yo también así lo creo;
y no olvidemos el caso
que contó el mismo Maestro

á un Doctor muy afamado
que le preguntó, quién era
nuestro prójimo ó hermano,
con el malicioso intento
de cogerle en algún lazo.

Dijo el Señor: Iba un hombre
por un lugar solitario,
salieron unos ladrones
y el dinero le robaron.

Aun no contentos con esto,
aquellos hombres malvados,
le hirieron, y medio muerto
dejáronle abandonado.

—«¿Qué le parece al Doctor
de éstos hombres inhumanos?»

—«Que ellos no fueron sus prójimos,
que no fueron sus hermanos.»

—«Otros viajeros después
por aquel sitio llegaron,
vieron al pobre caído;
pero pasaron de largo,
y no prestaron auxilio
aquel hombre desgraciado
que con ayes lastimeros
socorro pedía en vano.

—«¿Qué le parece al Doctor
de estos hombres despiadados?»

—«Que ellos no fueron sus prójimos,
que no fueron sus hermanos.»

—«Por aquel sitio más tarde
pasó después un extraño,
quien del pobre se conducele
y al verle tan mal parado,

le levanta compasivo,
le coloca en su caballo,
le cura de las heridas,
le lleva á un pueblo cercano
y le aloja en la posada,
dando al patrón el encargo
de cuidarle hasta que sane
que él satisfaría el gasto.

—Qué le parece al Doctor
de este hombre humanitario?»

—«Que ése, sí, que fué su prójimo,
ése, sí, que fué su hermano.»

—«Pues bien, añadió el Señor,
cuérdamente has contestado,
haz tú lo mismo y serás
buen prójimo, buen hermano.»

Fácilmente se deduce
de este ejemplo, que es tan claro,
que *al prójimo se conoce*
por sus benéficos actos.

XXXVIII.

Dos libros.

En la sala de un letrado
sobre una mesa-ministro,
junto á un Código civil,
hallábase un Catecismo.

Era el primero un tomazo
más grande que un Calepino,

con centenares de páginas
y con millares de artículos.

Por el contrario, el segundo
era un compendio sencillo
de los santos mandamientos
de la ley de Jesucristo.

Como el librote juzgaba
(¡cuántos opinan lo mismo!)
que en el volumen y adorno
está el mérito de un libro,
cayó como muchos caen,
de la soberbia en el vicio,
y así con desdén supremo
motejaba á su vecino:

«Me dais lástima, decía
pues sois un librejo, amigo,
que no valéis cinco céntimos
y eso acaso bien vendido:
no me admira criatura,
que sea vuestro destino
andar siempre sucio y roto
en manos de los chiquillos».

«Téngase allá, le replica
molestado el aludido,
y no presuma de sabio
por estar de letra henchido,
pues ignorar no debía
que el mérito de los libros
no consiste en que contenga
muchas hojas y capítulos,
ni en consignar los derechos
(que á veces son tan torcidos)
que tienen los ciudadanos

ya civiles, ya políticos,
y es su fárrago indigesto
mucho paja y poco trigo.

Porque sobrarían Códigos
y se ahorrarían litigios
si los hombres practicaran
la doctrina que yo explico.

Quedóse confuso el grande
con la respuesta del chico,
y no volvió en adelante
á tratarle en tono altivo,

Dijo bien, porque *en el mundo,*
¡cuántas faltas y delitos
se evitarían obrando
como enseña el Catecismo.





LIBRO III

POESIAS MORALES

I.

Las letras.

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO ALONSO CORTÉS,

Rector de la Universidad literaria de Valladolid.

Para explicar los hechos que producen
las corrientes eléctricas,
han supuesto los físicos que existe
una substancia etérea.

Substancia sutilísima, impalpable,
que los espacios llena,
que penetra en los cuerpos donde vibran
átomos y moléculas.

En ondas rapidísimas el éter
las vibraciones lleva,
que otros cuerpos reciben y en variadas
formas se manifiestan.

Ya son luz en los arcos y en las lámparas,
ya en los dinamos fuerza,
ya calor en los hilos y carretes
que oponen resistencia.

A esos agentes físicos que mueven
y agitan la materia,
semejan los que actúan en el alma
y agitan las ideas.

Estos agentes son los buenos libros,
que en figuras impresas,
al espíritu humano comunican
afecciones diversas.

Ya le infunden calor al sentimiento,
luz á la inteligencia,
ó ya á la voluntad para la lucha
resolución enérgica.

¡Oh! ¡quién podrá apreciar las impresiones,
que recibe en la escuela,
el alma de los niños cuando aprenden
el valor de las letras!

II.

La luz de la Ciencia.

Orgullosa llevó sus estandartes
la altiva Roma por el pueblo griego,
y Grecia subyugada impone luego
á su dominadora ciencias y artes.

Los bárbaros después, terribles Martes,
someten al romano á sangre y fuego,
y Roma destruída halla sosiego
difundiendo la luz por todas partes.

Cual si quisiera sabia Providencia
humillar del guerrero honor y gloria
cuando tiene por ley la violencia:

Así con claridad muestra la Historia
que el pueblo con las luces de su Ciencia
alcanza al fin del vencedor victoria.

III.

La Ciencia y la Poesía.

Dedicada al Excmo. Sr. D. Rafael Alvarez Seréix,

Ingeniero de montes y escritor.

Siguiendo el mismo camino
la Ciencia y la Poesía,
comparecieron un día
ante el Tribunal Divino.

Desde el trono de su gloria
rogólas el Dios clemente,
contaran sencillamente
de su existencia la historia.

Y la Ciencia la primera,
con toda sinceridad,
manifestó la verdad
diciendo de esta manera:

«Yo investigué con afán

la causa de cuanto existe,
las leyes que al mundo diste
y que cumpliéndose van.

Yo la esencia penetré,
y las fuerzas dirigí,
y los espacios medí,
y los astros calculé.

Yo con ingenio profundo
y constante interrogar,
logré, venciendo, arrancar
hondos secretos al mundo.

Yo encontré los elementos,
inventé combinaciones
y formulé relaciones
del orbe y sus movimientos.

Apoyada en la experiencia
confirmé las teorías
y estudié las energías
del mundo de la conciencia.

Cuanto existe analicé,
sinteticé, conocí,
los seres que percibí
con la razón ordené.

Y la inmensa realidad
objeto del pensamiento,
penetró el entendimiento
aclarando la verdad.

Que es la esencia de mi ser
conocer y demostrar,
y á los hombres enseñar
las verdades del saber.

Unida á la Religión,
y guiada por la idea,

he hecho que el hombre sea
el Rey de la creación.

Rey que entre tanta miseria
con la ciencia que ilumina,
el espíritu domina
y sujeta la materia».

Calló la Ciencia y bendijo
el Señor tanta valía,
y entonces la poesía
tomó la palabra y dijo:

«Yo también con vivo ardor
canté todo cuanto existe,
la vida que al mundo diste
como prueba de tu amor.

Yo lo eterno presentí,
y lo bello contemplé,
y lo sublime admiré,
y lo inefable sentí.

Yo canté las armonías
de las celestes grandezas,
y las mágicas bellezas
de las noches y los días.

Y canté á las aves, flores,
montes, ríos, lagos, fuentes,
y de los seres vivientes
los misteriosos amores.

Y al vago rumor del viento,
y á las sentidas querellas,
y á las brillantes estrellas
que esmaltan el firmamento.

Y canté al Cielo, á la Tierra
á los héroes y á los Santos
é inspiré los bellos cantos

de la paz y de la guerra.

Yo con mis himnos de gloria
encendí los corazones,
y concedí á las naciones
el laurel de la victoria.

Presté aliento al fatigado,
y consuelo al afligido,
valor presté al abatido,
creencia al desesperado.

Encanto dí á la virtud,
y dí calor á la idea,
y de mi mente que crea
brotaron mundos de luz.

Presté bálsamo al dolor,
esperanza á la creencia,
sublimidad á la ciencia,
y á la vida dí el amor.

Y al hombre que marcha en pos
del infinito sosiego,
le dí mis alas de fuego
para volar hasta vos».

Callóse al llegar aquí
la Poesía á su vez,
y oyóse al eterno Juez
que hubo de exclamar así:

«Vuestra vida es meritoria,
y ambas tendréis, hijas mías,
al acabarse los días
un trono excelso en mi gloria.

Id al mundo y enseñad
vuestro divino destello;
tú, Poesía, lo bello,
y tú, Ciencia, la verdad.

Vivid en plácida unión,
cumpliendo vuestra grandeza,
que es la Ciencia mi cabeza,
y el Arte mi corazón.

IV.

Querer es poder.

Una idea me ocurre en este instante
y voy á comprobarla esperanzado,
ya les diré después el resultado,
si acaso no me falta el consonante.

La historia ó cuento, fué que un estudiante
se propuso llegar á gran letrado,
y aunque pobre y de ingenio limitado
su designio alcanzó perseverante.

Mostró que es el querer una potencia
que al hombre lleva á realizar su objeto,
venciendo la más fuerte resistencia.

Así, yo pretendía, y me prometo
escribir, como escribo, mi ocurrencia
en los catorce versos de un soneto.

V.

¡Paz!

¿Por qué repican alegres
las campanas al tocar?
—Es que saludan á un ángel
que del Cielo baja acá.

Por qué después doblan tristes
las campanas al sonar?

—Es que despiden á un alma
que hacia el Cielo vuela ya.

Así en la vida del mundo
se suceden sin cesar,
los que nacen, los que mueren,
los que vienen, los que van.

Nosotros los que vivimos
les debemos desear,
que ¡baje en paz! el que nace;
que el que muere ¡suba en paz!

VI.

Recuerdos y olvidos.

En el comercio del mundo
pagamos con dos monedas:
los favores, con olvido,
con recuerdos, las ofensas.

Del propio modo escribimos
en dos diferentes letras:
los favores, en el agua,
los agravios, en piedra.

Es más digno de almas nobles,
según la moral ordena,
recordar los beneficios
y olvidar culpas ajenas.

VII.

Formar el corazón.

Huyendo de Tiberios y Calígulas
que deshonrasen la imperial diadema,
Ágripina elige para su hijo
á los sabios maestros Burrho y Séneca

Mientras el discípulo fué dócil
á los consejos que de estos recibiera,
fué un César modelo, que no osaba,
de muerte subscribir una sentencia.

Mas después que libertos corrompidos
en su buen corazón hicieron presa,
entregóse á los vicios más nefandos
por consejo y astucia de Popea.

Por los malos ejemplos recibidos
su conducta cambió de tal manera,
que llegó á ser escándalo del mundo,
del humano linaje una vergüenza.

A su madre Ágripina hace dar muerte,
á su hermano Británico envenena,
de su esposa Octavia es asesino,
condena á su maestro, á Roma incendia.

Acaso fuera un músico apreciable,
tal vez merezca honores de poeta,
sin duda fuera un trágico excelente,
que alcanzara coronas en la escena.

Tuvo buenos maestros, mas la historia
de discípulo tal, es clara prueba,
que formar un corazón es más difícil
que modelar artística cabeza.

VIII.

La educación doméstica.

En la bondad de los Gracos
tuvieron más influencia,
que el saber de sus maestros,
las virtudes de Cornelia.

Como en Nerón el tirano
dejaron más honda huella,
las licencias de Agripina
que las lecciones de Séneca.

La Historia en estos ejemplos
claramente nos demuestra,
que para hacer hombres justos
no bastan las academias.

Y que, en el alma del niño,
queda por más tiempo impresa,
la educación de la madre,
que la instrucción de la escuela.

IX.

Epitafios.

SOBERBIA

De la raza de Luzbel
era soberbio y cruel,
opresor de sus hermanos:
Ahora, viles gusanos
se las entienden con él.

AVARICIA

De tanto oro y alhaja
como llegó á atesorar
su avaricia, pobre caja,
y miserable mortaja
trajo á este santo lugar.

LUJURIA

De los deleites carnales,
á que entregó sus sentidos,
son despojos principales,
estas cenizas glaciales
y estos huesos carcomidos.

IRA

Cuando vivo maldecía
y amenazaba venganza,
muerto, yace sin pujanza,
ni dice esta boca es mía:
¡No ha sido poca mudanza!

GULA

Un avariento glotón
de los que á su vientre adoran,
yace en este panteón:
¡Los insectos le devoran
en justa compensación!

ENVIDIA

En vida era un esqueleto,
muerto, ha desaparecido

de su tumba por completo:
Entendido; á este sujeto
la envidia le ha consumido.

PEREZA

Yace en continuo reposo
éste á quien yo conocí:
¿Era un perezoso? — Sí.
Pues si era tan perezoso
se encontrará bien aquí.

X.

¡Napoleón!

El que con invicta tropa
á las naciones dió leyes,
el que quitó y puso reyes
en los estados de Europa:
el que vogó viento en popa,
y cuyo nombre resuena
por el mundo, y aun le llena
de asombro y admiración,
por la isla de la Ascensión
pasó para santa Helena.

Yo ante su tumba llegué
y este epitafio leí:

«Los restos yacen aquí
de aquel que todo lo fué!»

Hoy su cadáver se vé
en un oscuro rincón

de este lúgubre panteón,
en ceniza convertido.
¡Contempla en lo que ha venido
á parar tanta ambición!

Aprende, tú, que ambicionas
el imperio de la tierra,
y por suerte de la guerra
vas conquistando coronas,
que neciamente blasonas
de esa pompa soberana,
si no adviertes que mañana
en este lugar inmundo,
se acaba el poder del mundo
y expira la gloria humana!

XI.

La limosna.

Entre las más excelentes
obras de misericordia,
socorrer á nuestro hermano
es la primera de todas.

La limosna es para el pobre,
que en nombre de Dios la implora,
el mendrugo duro y negro
que ha de llevar á su boca.

Ella es la sed que se apaga,
es la lumbre que conforta,
el albergue que cobija,
el lecho en que se reposa.

Es un dolor que se temple,

voluntad que se conforma,
tristeza que se disipa,
y fuerza que se recobra.

Es en el hogar paterno
mantener viva la antorcha,
es al corazón que muere
una esperanza que brota.

Es la gota de rocío
para el tallo que se agosta,
que da color á las flores
y da frescura á sus hojas.

Es la tabla en que se salva
el náufrago que zozobra,
el que en el mar de la vida
sin la caridad se ahoga.

Es para el alma abatida
de un nuevo día la aurora,
de un invierno que concluye
y á la primavera torna.

Y es, para el que la practica,
un capital que coloca,
y se consigna en el Cielo
en el *Haber* de sus obras.

XII.

Espacio y tiempo.

Si hasta la cima has subido
de tu espacio definido,
¡ay! ¡cuánto te alegrarás,
si al volver la vista atrás
un buen camino has seguido!

Y si á la cumbre has llegado
de tu tiempo limitado,
¡ay! ¡cuánta será tu gloria,
si al volver en tu memoria
bien tu edad has empleado!

Y ¡ay de tí si entretenido
en este mundo has vivido,
y al *más allá* no has mirado,
¡que habrás tu camino errado
y habrás tu tiempo perdido!

XIII.

El reloj de la vida.

*Al Sr. D. Atanasio M.^a Quintano, Abogado
del Estado.*

Cuando en las largas horas de insomnio
del móvil péndulo oigo el tic-tac,
creo me avisa y que me dice:

¡Un grano más!

Cuando la esfera marca las horas,
y el timbre agudo oigo vibrar,
creo me llama, y que me dice:

¡Una hora más!

Cuando del día llega la aurora
y el calendario voy á mirar,
creo que cuenta y que me dice:

¡Un día más!

Cuando las hojas en el otoño
veo en el suelo secas rodar,

creo que gimen y que me dicen:

¡Un año más!

Cuando en el templo de las campanas
escucho el triste, lento tin-tan;

creo que lloran, y que me dicen

¡por él rogad!

Cuando á la tarde, en el camposanto
se deja al muerto en la soledad,
aquel silencio dice elocuente...

¡descanse en paz!

XIV.

Fuerza moral.

Halló el genio de Newton,
con su talento profundo,
que une á los cuerpos del mundo
la fuerza de la atracción.

Fuerza de tanta grandeza
que, la inmensa variedad
subordina á la unidad,
y origina la belleza.

Fuerza de tal energía
que, regula el movimiento
de la obra firmamento
del Dios de Sabiduría.

Fuerza constante que rige
en el mundo material,
como hay atracción igual
que el orden moral dirige.

Fuerza de fraternidad

que tiende á la humana unión;
que nace en el corazón,
y se llama: *Caridad*.

XV.

La corrección.

Mil verdades, discípulo querido,
te enseño con amor,
y tan solo te cuesta el adquirirlas
un poco de atención.
Si un ligero castigo te señalo,
me miras con horror,
pero no ves que, al corregir el vicio
cumpló mi obligación
No menos quiere el padre que castiga
que el que otorga perdón;
es natural, la ley que se quebranta
lleva el castigo en pos.
Mejor será que os cuesten mis verdades
un pequeño dolor:
que no que os las enseñe el mundo luego
y os rasgue el corazón.

XVI.

Prueba de la amistad.

Como en la piedra de toque
se prueban el oro y plata

mostrando si estos metales
son de buena ley ó falsa;
 así también en el mundo
los amigos se contrastan,
no al vivir en la fortuna,
sino al caer en desgracia.

XVII.

Analogías.

Como una piedra sin pulimento,
como una planta sin cultivar;
como una fiera sin sentimiento
así es el hombre sin educar.

Como una sombra, que errante vaga,
como de un eco la voz perdida,
como una débil luz que se apaga:
así es del hombre la breve vida.

Como la nave no llega al puerto
si en noche oscura Norte no ve;
así en el mundo con rumbo incierto
camina el hombre falto de Fe.

Como un caballo desenfrenado
que ciego corre á su perdición;
así va el hombre cuando es llevado
por ciego impulso de la pasión.

XVIII.

Sembrad el bien.

Aunque arranque el perverso despiadado
las plantas que sembréis,
seguid vuestras virtudes cultivando;
seguid, sembrando el bien.

Aunque os pague el ingrato con olvido
el favor que le hacéis,
nada os importe su conducta necia;
seguid haciendo el bien.

Aunque destruya el envidioso injusto
la caridad que obréis,
no abandonéis la obra comenzada
seguid obrando el bien.

Aunque perdáis honores y riquezas,
cuanto al mundo debéis,
no os detengan desgracias terrenales;
seguid sembrando el bien.

Aunque viváis enfermos, abatidos
por el dolor cruel,
no perdáis la esperanza y resignados;
seguid haciendo el bien.

Aunque os calumnie el mundo y os oprima,
aunque una cruz os dé,
perdonad su injusticia y animosos,
seguid obrando el bien.

Aunque siegue la muerte vuestra vida,
no temáis, tened fe;
porque entonces del bien que hayáis sembrado
el fruto cogereis

XIX.

El huerfanito.

Al morir sus padres
oyóse un suspiro,
el adiós postrero
que dieron al hijo.

Quedóse en el mundo
huérfano, solito,
sin padres, ni hermanos,
parientes, ni amigos,

¡Murióse la madre!
ya no tiene el niño,
quien bese su frente,
quien peine sus rizos,
quien meza su cuna,
quien cante á su oído,
quien vele su sueño,
quien le preste abrigo.

Ya cuando despierte
no verá en su asilo,
de su buena madre,
el rostro querido.

No habrá quien le estreche
junto al pecho mismo
con santo, inefable,
materno cariño.

Ya nunca resuena
en su domicilio,
de su madre amante,
el eco dulcísimo.

Ya no hay en la casa
movimiento, ruido,
sustento, ni lumbre,
ni lecho, ni abrigo.

Todo es desconsuelo
en aquel recinto,
silencio de muerte,
soledad, vacío....

¡Qué pobre, qué solo,
qué triste, Dios mío!
¡Qué triste es la vida
para el huerfanito!

XX.

Es tu hermano.

Aunque ostente blasones ilustres
y habite en palacios,
nunca olvide el altivo magnate
que el pobre es su hermano.

Aunque acopie tesoros y haciendas
y viva en el fausto,
nunca olvide el avaro opulento
que el pobre es su hermano.

Aunque arranque verdades ocultas
al mundo y los astros,
nunca el sabio profundo se olvide
que el pobre es su hermano.

Aunque alcance gobiernos y honores
y puestos muy altos,
nunca el hombre de estado se olvide
que el pobre es su hermano.

Aunque arrastre el mendigo su cuerpo
cubierto de harapos,
nunca el hombre piadoso se olvide
que el pobre es su hermano.

Jesucristo fundió las cadenas
de pobres y esclavos,
diciendo á los hombres: «Dios es vuestro padre»
¡sois todos sus hijos! ¡sois todos hermanos!

XXI.

Mariposas y flores.

I

¿Adónde vas niña hermosa
con tan presuroso paso,
con el vestido de fiesta,
con el brillante zapato,
con el semblante risueño,
con la canción en los labios,
con los ojos como el cielo
de un día sereno y claro,
con la esperanza en el alma,
y el corazón agitado?
— «Voy á buscar mariposas,
á coger flores al campo.

II

¿De dónde viene la niña
hermosa con lento paso,

con el vestido deshecho,
con el zapato manchado,
con el semblante lloroso,
con el silencio en los labios,
con los ojos como el cielo
de un día oscuro y nublado;
sin esperanza en el alma
y el corazón apenado?
— «Vengo sin ver mariposas
sin traer flores del campo!

III

Pues cuéntame, niña hermosa,
cuéntame lo que ha pasado,
para que en tan corto tiempo
hayas sufrido tal cambio.
— ¿Y tu vestido de fiesta?
— Héle en las zarzas rasgado.
— ¿Y tu zapato brillante?
— Quedó sucio con el fango.
— ¿Y tu semblante risueño?
— En tristeza se ha tornado.
— ¿Y tus labios melodiosos?
— Enmudecieron su canto.
— ¿Y tus ojos como el cielo
de un día sereno y claro?
— Por el llanto de mis penas
están mis ojos velados.
— ¿Y las lindas mariposas?
— Como ilusiones volaron.
— ¿Y aquellas hermosas flores
que ibas á coger al campo?

—¡Ay, pobre de mí! las flores
que cogí se marchitaron.

IV

No llores más, pobre niña,
enjuga tu amargo llanto,
y aprende cuan engañosos
son los placeres mundanos;
que las lindas mariposas
y bellas flores del campo,
nacen cual las esperanzas
cerca de los desengaños.

XXII.

Nuestra Patria.

DEDICADA AL ILMO. SR. D. ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ,

Canónigo Penitenciario de la S. I. M. de Burgos

Es la Patria del hombre en la tierra
aquella morada,
donde el niño despierta á la vida
al sentir influencias extrañas.

Es aquella cuna, ya rica, ya pobre,
mansión de la infancia,
donde oímos los dulces acentos
de una madre, bendita, adorada.

Es la bóveda azul del espacio,
ya obscura, ya clara,
donde vimos la luz de la aurora
reflejarse en la nube irisada.

Es aquella risueña campiña
de plantas sembrada;
es aquel horizonte extendido
que limitan lejanas montañas.

Es el río que brilla en el prado,
cual cinta de plata;
es el rumor vago del viento ligero,
es de aquella fuente el murmullo del agua.

Es aquel aroma de flores campestres
que llevan las auras;
es aquel variado concierto armonioso
de las avecillas ocultas que cantan.

Es el eco lento solemne de aquella
sonora campana,
que al humilde creyente recuerda
la oración de maitines y de ánimas.

Es nuestra familia, nuestros compañeros,
y amigos del alma,
es aquel sagrado recinto de tierra,
en que nuestros padres en paz ya descansan.

Es aquella cruz: piadoso recuerdo
de tumbas cristianas;
ante la cual rezan y vierten sus hijos
una oración pura, una amante lágrima.

Acepten propicios sus manes sagrados
la filial plegaria,
que desde la tierra do yacen sus restos
elevan al cielo do moran sus almas:

Y á la madre Patria que á Dios la debieron,
y ellos nos legaran,
sepamos nosotros amarla y servirla
y si es combatida morir por salvarla.

XXIII.

Caminos opuestos.

La humildad y la soberbia
son dos caminos opuestos;
la una sube bajando
la otra baja subiendo.

De estos caminos contrarios
elegir uno debemos;
ó el de subir por humildes,
ó el de bajar por soberbios.

XXIV.

La lucha de la vida.

Es una lucha el vivir
que el hombre ha de sostener,
que empieza con el nacer
y acaba con el morir;
y aunque tras el combatir
llegue al fin á perecer,
aun espere merecer
la victoria al sucumbir.

Por eso ha de procurar
aguerrirse en la niñez
para el lauro conquistar;
y así aprenderá á su vez
¡cuánto ha debido luchar
el que llega á la vejez!

XXV.

La mayor nobleza.

No consiste tan sólo la nobleza en tener, según dicen, sangre azul, la más alta nobleza para el hombre consiste en el saber y en la virtud.

XXVI.

La ley del trabajo.

Al trabajo y á la muerte nace el hombre condenado, y á sus rigores no escapan ni el monarca ni el vasallo.

Consecuencia de la culpa fué la pena del trabajo, ¡triste herencia que los hijos de los padres heredaron!

Y si el trabajo fué impuesto por el Divino mandato para adquirir el sustento á la vida necesario; es justo que desde niños á su ley nos sometamos, porque á quien no trabajare no le faltarán *trabajos*.

XXVII.

El peso de la culpa.

Para llegar el hombre felizmente
al término fijado á su carrera,
¡tan corta en los placeres y alegrías!
¡tan larga en los dolores y tristezas!

No se cargue con vicios y pecados
que gravemente sobre el hombre pesan:
bastante pesadumbre es ya la vida
sin agregar los cargos de conciencia.

XXVIII.

Viejos y niños.

Cuando algunos ancianos regañones
con aspereza tratan á los niños,
digo para entre mí, ¿por qué los viejos
no se acordarán ya de lo que han sido?

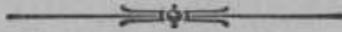
Y cuando algunos niños sin cultura
tratan con insolencia á la vejez,
digo para entre mí, ¿por qué los niños
no preveerán aún lo que han de ser?

La regla más segura es tener siempre,
salvando la distancia de los años,
cariño los ancianos á los niños,
y los niños respeto á los ancianos.



LIBRO IV

POESIAS RELIGIOSAS



I.

La violeta.

*Dedicada al Excmo. é Ilmo. Fray Gregorio
M.^a Aguirre, Arzobispo de Burgos.*

Cuando el Dios eterno quiso
mostrar su poder fecundo,
hizo de la nada el Mundo,
y del Mundo un Paraíso.

Allí puso el Sumo Ser
á las cosas terrenales,
á las plantas y animales,
al hombre y á la mujer.

Y para mostrar también
la obra de sus amores,

hizo brotasen las flores,
en aquel dichoso Edén.

Y con paternal largueza
el Señor de las alturas,
repartió á las criaturas.
aroma, luz y belleza.

Y la azucena, el clavel,
la rosa y el pensamiento,
el alelí y otras ciento,
galas fueron del vergel.

Y todas agradecidas
ostentaron, siempre ufanas,
las dádivas soberanas
del Sumo Bien recibidas.

Mas cuando se concluía
el reparto, Dios observa
que entre la menuda yerba
pequeña flor se escondía.

Viéndola, dijo el Señor,
encantado desde luego:

—¿Qué color quieres?

—Os ruego
me deis el postrer color.

—¿Qué espacio?

—La obscuridad.

—¿Qué galas?

—La sencillez.

—¿Qué valor?

—La pequeñez.

—¿Qué aroma?

—El de la humildad.

—Dí, pobre flor ¿qué deseas?

—Serviros es mi ambición.

—Hija de mi corazón,
bendita, bendita seas.

Y al mirar tanta virtud
y humillación tan completa,
de la tierna violeta
oyó la solicitud.

Luego á la flor candorosa
el Dios de los Cielos dijo:
«Como á modelo te elijo
de mi castísima Esposa.»

Por eso el Angel un día
exclamó: «Bendita eres
entre todas las mujeres,
hermosa Virgen María.»

Y esta celestial beldad,
Esposa del Criador,
fué madre del Redentor
en premio de su humildad.

II.

El libro de la vida.

Desde que el niño principia
á conocer los objetos,
y á darse cuenta su alma
de sus estados internos,
empieza á escribir su vida
en el libro de los hechos,
y en él quedan consignados
sus actos malos y buenos.

Procurad, queridos niños,

escribirlos sin defectos,
ni manchas que los afeen,
que siempre estarán impresos.

Y Dios quiera que algún día
en vuestra historia al leerlos,
no os sonroje la vergüenza,
ni sintáis remordimiento;
y el Dios de misericordia,
de vuestras obras en premio,
os lleve á gozar por siempre
de las delicias del Cielo.

III.

Hay más allá.

«Hay otro mundo» dice: y aunque brilla
la llama de la Fe sobre su frente,
el pueblo le responde: «Está demente,»
y Colón ni se ofende ni se humilla.

Surca el vasto Océano su barquilla
en pos de la existencia que presiente,
y un nuevo mundo encuentra al Occidente,
que ofrece á la corona de Castilla.

¡Era cuerdo Colón! lo testimonia
la multitud que al descubierto vuela:
como existe otro Mundo, nos lo indica,
la misma Religión que lo revela,
la razón natural que nos lo explica,
y el corazón humano que lo anhela.

IV.

¡Misericordia!

Tiene el Señor la balanza
en su diestra poderosa
para pesar de los hombres
las acciones meritorias.

Dice el un peso: Justicia,
y el otro: Misericordia;
y según lo merezcamos
aplicará una ú otra.

En la primera se advierte,
como más justa y angosta,
los méritos pesan poco
y las culpas nos agobian.

A la inversa en la segunda,
para nosotros más propia,
los méritos pesan mucho
y las culpas nos abonan.

Y pues son pocos los nuestros
y son tan grandes las otras,
Señor, antes que Justicia,
pedimos: ¡Misericordia!

V.

El fuego sagrado.

Entre los pueblos paganos
como griegos y romanos,
era Vesta una deidad;

á la cual se consagraban
vírgenes que se obligaban
á vivir en castidad.

Los deberes principales
que tenían las vestales,
eran cuidar de la luz;
y presentar á las gentes,
siendo puras, diligentes,
un modelo de virtud.

Se guardaba á su pureza,
por el pueblo y la nobleza
un respeto sin igual;
y era salvada la vida
de todo aquel homicida
que encontraba á una vestal.

Pero la que en su servicio,
por negligencia ó por vicio,
dejaba el fuego extinguir,
era por el sacerdote
condenada al fiero azote,
ó al tormento de morir.

Y hallaba su sepultura
en una cárcel oscura,
lúgubre y hondo panteón,
imagen fiel del infierno,
do sufría el fuego eterno
la vestal sin compasión.

Como á la sacerdotisa
su castigo, claro avisa
tema igual no se le dé,
al que, consagrado al templo,
deje extinguir con su ejemplo
la pura luz de la fe.

VI.

¡Quién sabe!

En un día de noviembre,
día de tristes recuerdos,
porque todo era tristeza
en la Tierra y en el Cielo;
llegáronse unos creyentes
á orar en un cementerio.
¡Obra buena que los vivos
pueden hacer por los muertos!

Entre las mil sepulturas,
panteones ó mausoleos,
que su atención cautivaron,
uno vasto descubrieron,
de rico jaspe labrado,
obra de un gran arquitecto,
en que no se escatimaron
ni las manos, ni el dinero.

Es mansión de un rico y noble,
y en el descansan sus restos,
circundados de coronas,
de lámparas y trofeos.

Yacía en la tierra humilde,
junto al panteón soberbio,
bajo una cruz de madera
un hombre pobre y plebeyo.

Al ver el duro contraste
que media entre los dos lechos,
en que se dice reposan
los restos de los que fueron,

los creyentes exclamaron:
«Aún aquí, por lo que vemos,
existe gran diferencia
entre grandes y pequeños.»

Si en la otra vida el descanso
encuentran sólo los buenos,
¡quién sabe de estos mortales
cual goza el reposo eterno!

VII.

Sancho al Cielo.

Deseaba con ansia Sancho Panza
verse gobernador, aunque era un zote,
y el gobierno desea de un islote
que por encantamiento al fin alcanza.

Una vez realizada su esperanza,
para no ser en la ínsula un azote,
le dá buenos consejos Don Quijote
acerca de su cargo y su crianza.

Tiene Sancho muy flaca la memoria,
y por miedo á olvidarlos dice tierno:

«Abrenuncio, señor, de la victoria;
que si mucho deseo ser gobierno,
más quiero simple Sancho ir á la gloria,
que no gobernador é ir al infierno.

VIII.

El despertar.

Dice el poeta la vida al describir,
que vivir es soñar;
y añade para el símil concluir,
morir es despertar.

Así el que vive en este mundo,
y sueña en bien obrar,
cuando al morir despierte allá en el Cielo,
¡Qué hermoso despertar!

Mas el que vive mal en este mundo,
y sueña en mal obrar;
cuando al morir despierte en el Profundo,
¡Qué horrible despertar!

IX.

El aplauso del mundano,

A uno porque hace oración
se le desprecia y censura:
á otro que blasfema y jura
se alaba su torpe acción.

Dejad tal aberración
de la mundana moral;
poned cuidado especial
en huir siempre de quien
os critique por el bien
y os aplauda por el mal.

X.

Los desterrados.

Arrojar de su reino un gran rey quiso
de una desobediencia á los autores,
porque de hombres ingratos, pecadores,
ser su Patria no puede un Paraíso.

Obedecer tal orden es preciso
aunque tenga durísimos rigores,
para que así, advertidos y mejores,
sea á su rey el pueblo más sumiso.

Algunos desterrados, en sus penas,
ansían quebrantar el duro hierro,
y volver á su Patria sin cadenas;

Mas otros se acomodan al destierro,
y, como encuentran las prisiones buenas,
toman por Paraíso su destierro.

XI.

¡Justicia!

De entre las muchas deidades,
que habla la Mitología,
se cuenta á la diosa Themis
que administraba justicia.

Esta habitaba en el Cielo,
porque es tal virtud divina,
como en la Tierra moraba
Astrea, de Themis hija.

Prestaba buenos servicios
la Diosa, en la edad antigua,
á los sencillos mortales
que la acatan y practican.

Andando el tiempo, los hombres
de tal manera la olvidan,
que Astrea volóse al Cielo
por no ver tanta perfidia.

Dejónos sus atributos,
que eran la espada y la libra,
para pesar bien, la una,
la otra, para cumplirla.

Hoy, por desgracia, en la Tierra,
la justicia que se mira,
al peso de las pasiones
la recta balanza inclina.

Y muchas veces se advierte
que aquella espada que vibra,
en lugar de defenderla,
sirve solo para herirla.

¡Ay! si los hombres que juzgan
mirasen siempre hacia arriba,
la justicia humana fuera
semejante á la divina.

XII.

Dolencias del alma.

Si el físico dolor tu cuerpo abate
con terrible lesión,
para curar los males que te agobian,
busca, busca al doctor.

Mas si el dolor moral tu alma turba
con horrible pasión,
para curar los males que te afligen,
busca, busca al Señor.
Que si puede los males de tu cuerpo
curar algún doctor,
los males que provienen del espíritu
solo los cura Dios.

XIII.

¡Prodigio!

Para remover al mundo,
Arquímedes precisaba
una palanca á su gusto,
y un punto donde apoyarla.
La Mecánica demuestra
que el sabio dijo verdad:
y es ley física que tiene
semejanza á la moral.

Pues también se movería
la humanidad hacia el bien,
siendo la razón, palanca,
y punto fijo, la Fé.

XIV.

El buen Pastor.

Quién deja abandonadas sus ovejas
al lobo destructor,

sin oír sus lamentos y sus quejas,
ése, no es buen pastor.

Quién á la res perdida, extraviada,
maltrata con furor,
sin procurar que vuelva á la majada,
ése, no es buen pastor.

Quién al cayado fía su gobierno
de fuerza y con temor,
sin emplear un trato dulce y tierno,
ése, no es buen pastor.

Quien vela por el bien de su rebaño
y vive por su amor,
tratando de evitarle todo daño,
ése, si es buen pastor.

Quien le enseña á vivir en armonía
y calma su dolor,
causando su placer y su alegría,
ése, si es buen pastor.

Quien busca con afán y viva luz
al pobre pecador,
y por salvarle, muere en una cruz,
Ese, es el gran Pastor.

XV.

¡Creencia sublime!

Siguiendo la doctrina los cristianos
que enseñara Jesús á los judíos,
predicándola van con altos bríos,
aunque morir les hagan los tiranos.

Amar á Dios y amar á sus hermanos
es su norte, mas dicen los impíos,

que son tales creencias, desvaríos,
ilusiones, locuras, nombres vanos.

La renuncia del mundo, el heroísmo,
consagrarse al Señor en la clausura,
el incrédulo llama fanatismo.

Mas confiese este tal en su cordura,
que amar á Dios, al prójimo, á si mismo,
es locura sublime, ¡si es locura!

XVI.

¡Jesús es Dios!

Cuando Jesús explica á los doctores
la ley de Moisés,

¿Quién duda que aquel Niño de tal ciencia
un sabio doctor es?

Cuando Jesús predica su doctrina
de tan pura moral,

¿quién duda que es doctrina tan perfecta
de un Justo sin igual?

Cuando Jesús advierte lo futuro
al pueblo de Israel,

¿Quién duda que aquel Sabio que adivina,
es un Profeta fiel?

Cuando al enfermo cura, y á los muertos
llega á resucitar,

¿Quién duda que poder tan sobrehumano
es de un ser celestial?

Cuando Jesús muriendo en una cruz
ruega y pide por nos,

¿Quién duda que aquel hombre que perdona
es además un Dios?

XVII.

La cadena de oro.

Lo que sería la Tierra
si se alejase del Sol,
porque cesara algún día
la fuerza de la atracción:
eso sería del hombre
que se alejase de Dios,
si cesara esa gran fuerza
que se llama Religión.

Ella es la cadena de oro,
según exacta expresión,
que á la humana criatura
une con su Criador

XVIII.

¿Dónde está el mal?

Si comete una acción mala
algún cristiano creyente,
al punto la impía gente
con el dedo les señala:

Y aunque en malicia le iguala,
ó le exceda, quien critica,
con su censura, ¿qué explica,
para una sana razón?
¿Qué es mala la religión,
ó que no se le practica?

XIX.

Frutos engañosos.

Refieren musulmanes y cristianos
que surcan el arábigo desierto,
que junto á las orillas del mar Muerto
se crían de Sodoma los manzanos.

Al parecer, sus frutos son lozanos,
sanos y bellos, mas también es cierto
que, puesto su interior al descubierto,
llenos están de polvo y de gusanos.

Pero... ¿cómo manzanos tan dañados
habrán de producir frutos de vida
si por agua de muerte son regados?

De esos frutos, imagen parecida
son los hombres, sepulcros blanqueados,
de hermoso cuerpo y alma corrompida.

XX.

Medido está tu tiempo.

En el reloj de tu vida
están tus horas contadas,
y rápidas van girando
del veloz tiempo en las alas.

Mira que hora en la esfera
las agudas flechas marcan,
cuenta las que ya pasaron
y calcula las que faltan.

Las del pasado no vuelven,
las del venidero avanzan,

y la hora del presente,
¡pronto, muy pronto, se acaba!

En breves horas el hombre
su futura suerte labra;
suerte de ventura eterna,
ó de su eterna desgracia.

Aprovecha bien tu tiempo,
y vive como Dios manda,
que ¡pobre mortal! no sabes
si llegarás á mañana!

XXI.

Los premios eternos.

Las cruces y las coronas
de este mundo seductor,
¡qué vanas! ¡qué deleznales,
y qué transitorias son!

Si queremos distinciones,
premios de eterno valor,
merezcamos con las cruces
las coronas que da Dios.

XXII.

Militia est vita.

El hombre en su seno encierra
el germen de la malicia,
y por eso una milicia
es nuestra vida en la tierra.

Para vencer en tal guerra

á tan terrible adversario,
recordar es necesario
que es costosa la victoria,
y que se sube á la gloria
por la senda del Calvario.

XXIII.

¡Hasta luego!

¡Alto, alto! peregrino,
detén tu paso y verás
cuantos van quedando atrás
de la vida en el camino.

¡Cuántos contigo emprendieron
su marcha por la mañana,
en alegre caravana,
y á la tarde sucumbieron!

¡Cuántos cansados, rendidos,
no logran tocar al puerto,
y en la arena del desierto
dejan sus cuerpos hundidos!

¡Cuántos por fin desde el fuego
donde sus almas se agitan,
¡Caminante! oye que gritan,
¡Adiós, adiós! ¡Hasta luego!

XXIV.

Razón sin Fe.

Hay muchos mortales que
desprecian la Religión,

y tienen la pretensión
de que es inútil la Fe
donde brilla la razón

Pero la propia experiencia
enseña con evidencia,
contra afirmaciones tales,
que no es bastante la Ciencia
para curar nuestros males.

Pues los más cultos Estados,
siempre que fueron guiados,
por racionales fulgores,
en los más crasos errores
cayeron extraviados.

Así los pueblos de Oriente,
como griegos y romanos,
son un testigo elocuente
de que hierra fácilmente
la razón de los humanos.

Y mientras fué dirigida
por ella la Humanidad,
fué negada la verdad,
la virtud escarnecida,
y triunfante la maldad.

La razón con sutileza
defendió la esclavitud,
la iniquidad, la vileza,
y hasta la fea impureza
fué tomada por virtud.

Que sin Fe ni Religión
dominarán las pasiones,
y el hombre en tal confusión
siempre hallará la razón
de todas las sinrazones.

XXV.

La Fé.

Como el Sol bello, claro ilumina
el mundo y astros, así también
alumbra al alma, la luz divina
de nuestra Fé.

Como conoce la inteligencia
de lo creado, todo cuanto es,
así concibe otra existencia
con nuestra Fé.

Como inspirada la fantasía
por los espacios vuela á través,
al infinito la luz nos guía
de nuestra Fé.

Como sin brújula naufragaría
en mar inmensa débil bajel.,
así el humano se perdería
sin nuestra Fé.

Como es el Cielo mansión de Dios,
último fin que el hombre vé,
las criaturas van de Él en pos
con nuestra Fé.

Como es el mundo, sombra ilusoria,
valle de lágrimas, destierro es,
que el Dios del Cielo nos dé la gloria
por nuestra Fé.

XXVI.

La Esperanza.

Cuando en la vida los ideales
que el hombre anhela vé en la mudanza,

aún es consuelo de tantos males,
dulce Esperanza.

Cuando el soldado marcha animoso
á la lid fiera, y el triunfo alcanza,
es que le anima el sol hermoso
de la Esperanza.

Cuando el marino en su querella
socorro implora, ve en lontananza
el faro hermoso, la clara estrella
de la Esperanza.

Cuando en la tierra, el justo llora
y es oprimido por la venganza,
aún le da aliento la hermosa aurora
de la Esperanza.

Cuando el enfermo en la agonía
su adiós postrero al mundo lanza,
muere tranquilo, presiente el día
de su Esperanza.

Cuando el creyente ande el camino
de este destierro de mal andanza,
verá en el Cielo al Sol divino
de la Esperanza.

XXVII.

La Caridad.

Grande es el Cielo, que Dios habita,
grande es la tierra, grande es el Mar;
pero es más grande que Cielo y Tierra,
la Caridad.

Pura es la brisa de la mañana.

pura es la rosa primaveral;
pero es más pura que brisa y rosa,
la Caridad.

Bello es el angel de los ensueños,
bella es la gloria, nuestro ideal;
pero es más bello que angel y gloria,
la Caridad.

Santa es la Patria donde nacimos,
santa es su ley, santo es su hogar;
pero es más santa que Patria y ley,
la Caridad.

De Dios son hijas nuestras virtudes,
en Él debemos creer y esperar;
pero ¿qué valen Fé y Esperanza
sin Caridad?

Y si es tan grande, tan pura y bella,
tan dulce y santa, tan celestial,
amemos todos y practiquemos
la Caridad.

XXVIII.

El buen pagador.

Cuando el pobre te pida una limosna
de Dios por el amor,
no desprecies su ruego, poderoso,
oye su petición,
No podrías prestar tu numerario
á un interés mayor,
ni hallarías negocio más seguro
ni más leal fiador.

Si no te satisface en esta vida
quien tu don recibió,
confía en que esa deuda y con usura
ha de pagarla Dios.

XXIX.

Problema.

El problema de la vida
se parece á una charada,
cuya solución segura
has de saberla mañana.

Pero la regla mas fija
para lograr descifrarla,
mientras estés en el mundo,
es vivir como Dios manda.

XXX.

Vida sin fin.

Dios limitó del hombre la existencia
á un corto espacio y tiempo,
para que en uno y otro realizara
su destino terreno.

En cambio prometió que le daría
después de este destierro,
el tiempo sempiterno de los siglos
y el espacio infinito de los cielos.

XXXI.

La mejor compañía.

Acaso mortal disfrutes,
mientras vivas en la tierra,
salud, placeres y honores,
fama, saber y riquezas;
mas estos bienes caducos,
que tantos afanes cuestan,
dejarán de acompañarte
desde el instante en que mueras.

Después algunos amigos
te seguirán á la iglesia,
tus apenados parientes
hasta cubrirte de tierra:
y ante el trono del Altísimo,
á dar de tu vida cuenta,
te acompañarán tan sólo
tus obras malas ó buenas.

Ellas serán los testigos
que te acusen ó defiendan,
ante aquel Juez Soberano,
en el juicio que te espera,
y conforme con las obras
será también la sentencia
de ó sufrir eterna muerte
ó gozar de vida eterna.

XXXII.

El Divino Maestro.

No dudo de mi existencia,
de que vivo y de que soy,
mas no me dice la ciencia
donde vengo, á dónde voy.

Ella no pude explicar
cual es el destino nuestro,
que á esto sabe contestar
sólo el Divino Maestro.

Él claramente asegura,
del uno al otro confin,
que de toda criatura
es Dios el *principio* y *fin*.

Él es el Sabio que explica
nuestro futuro destino,
y el camino nos indica
por ser El mismo el *Camino*.

Es la Razón soberana
de infinita claridad
que alumbra á la mente humana
por ser la misma *Verdad*.

Es Médico celestial
que cura la horrible herida
de la culpa original,
por ser el mismo la *Vida*.

Él es Maestro veraz
y de saber tan profundo
que su doctrina es la paz
y la esperanza del Mundo.

Él es benigno Pastor
de abnegación tan sublime,
que al esclavo pecador
con su sangre le redime.

Él las acciones invierte
cuando amante nos convida
por haberle dado muerte
á darnos eterna vida.

No pudo prueba mayor
dar de su inmensa virtud,
que morir por nuestro amor
en una afrentosa cruz.

Y si en cambio tan crüel
el hombre fué para Vos:
¡lo que hiciste Vos por él
solo pudo hacerlo un Dios!

FIN.

A decorative flourish consisting of symmetrical, swirling lines that frame the word "FIN." in the center. The lines curve upwards and outwards from the word, then curve downwards and inwards, ending in small loops.

ÍNDICE.

Fábulas.

Páginas.

Al lector. 3

LIBRO PRIMERO.—FÁBULAS MORALES.

I.—El buen deseo.	5
II.—El grano de trigo.. . . .	7
III.—Los dos corceles.	9
IV.—El trabajo y la ociosidad. . . .	11
V.—Resortes ocultos.	13
VI.—Huyendo de Caribdis... . . .	15
VII.—Agentes externos.	16
VIII.—Signos exteriores.	17
IX.—Los reidores.	18
X.—La razón de la fuerza.	19
XI.—Amor paternal.	20
XII.—La adulación.	21
XIII.—El mal ejemplo.	22
XIV.—Los dos sombreros.	23
XV.—La moneda falsa.	25
XVI.—El olvido.	26
XVII.—El conejo el ciervo y el loro .	27

Fábulas.	Páginas.
XVIII.—El juicio del malvado.	29
XIX.—Ver la paja en el ojo ajeno.. . . .	31
XX.—Por dejar su esfera.	32
XXI.—El que las hace....	33
XXII.—La violencia.	35
XXIII.—Cortar por lo sano.. . . .	36
XXIV.—El mérito propio.	37
XXV.—¡Era podenco!	38
XXVI.—La vocación.	39
XXVII.—Llevar la contra.	42
XXVIII.—Afecto mútuo.	43
XXIX.—¡Era pobre!	44
XXX.—Censuras injustas.	46
XXXI.—Por tu culpa.	47
XXXII.—Crimen y justicia	48
XXXIII.—La defensa del vicio.	49
XXXIV.—Respecto á la ancianidad.	50
XXXV.—Causas de error	53
XXXVI.—La buena intención.	54
XXXVII.—La idea y la palabra	55
XXXVIII.—Mala compra.	56
XXXIX.—Rivalidad peligrosa	58
XL.—Los mimbres y el álamo.	59
XLI.—La vida ociosa	61
XLII.—¡Cuidado con el perro!	63
XLIII.—Antes asno que raposo	65
XLIV.—A río revuelto.....	67
XLV.—De rico á pobre.	68

Fábulas.

Páginas.

XLVI.—Los imitadores.	70
XLVII.—Por una pequeñez	72
XLVIII.—Medicina eficaz.	72
XLIX.—El eco.	74
L.—El niño y el loro.	76

LIBRO II.—FÁBULAS RELIGIOSAS.

I.—La gran ciencia.	79
II.—Un mal paso	81
III.—Angeles ó diablillos	82
IV.—El gran predicador.	84
V.—Ingratitud humana.	85
VI.—¡Un valiente!	87
VII.—Fines contrarios.	88
VIII.—Armas poderosas.	89
IX.—Abuso del bien.	90
X.—Lazos convenientes.	92
XI.—Los primeros.	93
XII.—El maldiciente.	94
XIII.—Hay fé.	95
XIV.—La base segura.	96
XV.—Administrador infiel.	97
XVI.—Siempre al revés,	98
XVII.—La vara de medir.	99
XVIII.—La pequeñez humana.	100
XIX.—El mayor cansancio	101
XX.—Presunción necia.	103

<u>Poesías.</u>	<u>Páginas.</u>
XXI.—Los dos testigos.	104
XXII.—Belleza del justo.	106
XXIII.—Sabios y buenos.	108
XXIV.—Aún es tiempo	109
XXV.—La buena dirección.	111
XXVI.—La máquina humana.	112
XXVII.—El oro y el hierro	113
XXVIII.—Malos propósitos.	115
XXIX.—Las cuentas	117
XXX.—La victoria	118
XXXI.—El cañón y la campana.	119
XXXII.—Los dos bueyes.	121
XXXIII.—Presunción y desconfianza.	123
XXXIV.—Perdonar las deudas	125
XXXV.—Los pecados capitales.	126
XXXVI.—La lucha de la vida.	128
XXXVII.—Nuestro prójimo.	130
XXXVIII.—Dos libros.	132

LIBRO III.—POESÍAS MORALES.

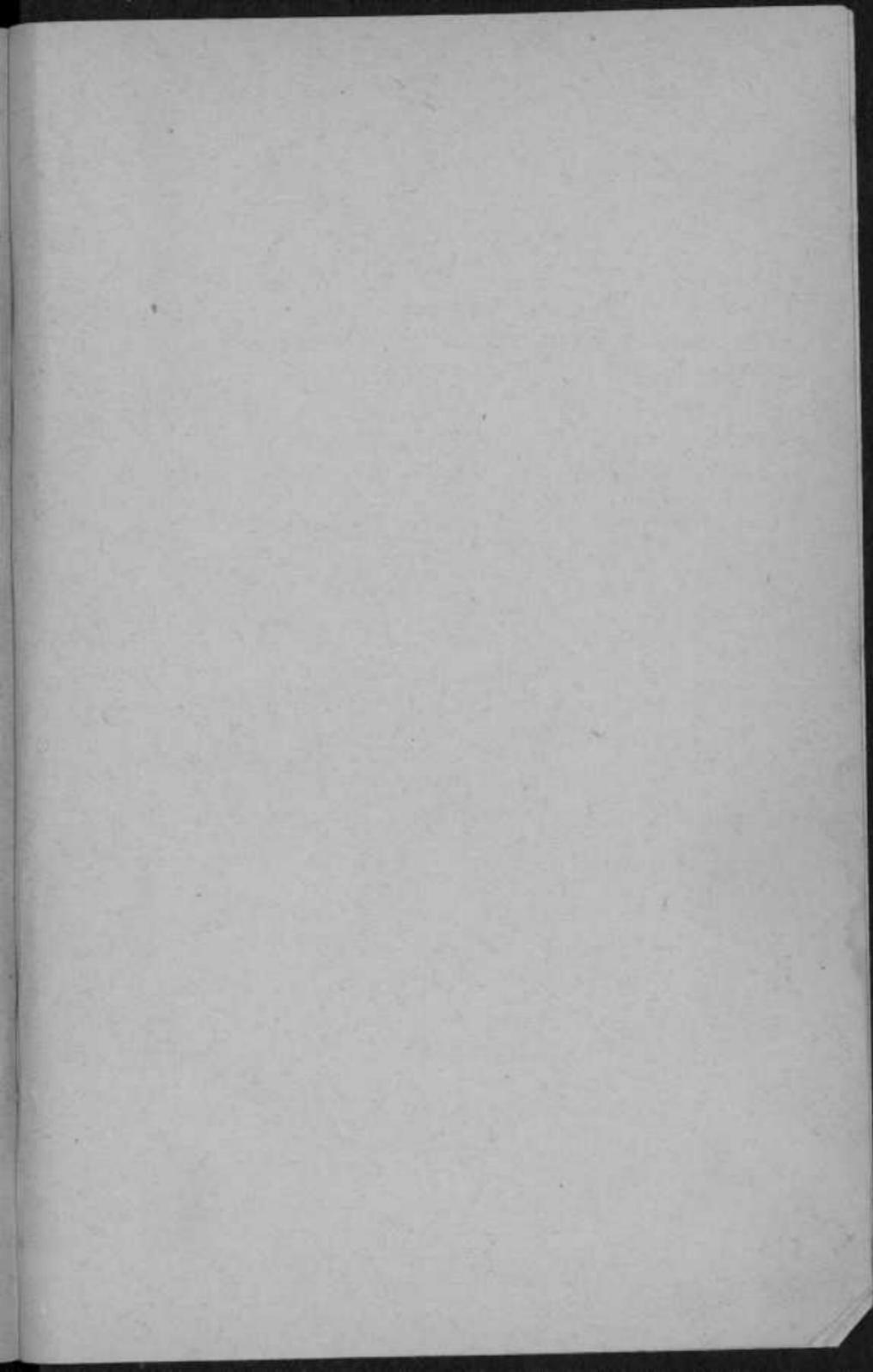
I.—Las letras.	135
II.—La luz de la ciencia.	136
III.—La Ciencia y la Poesía.	137
IV.—Querer es poder.	141
V.—¡Paz!.	141
VI.—Recuerdos y olvidos.	142
VII.—Formar el corazón.	143

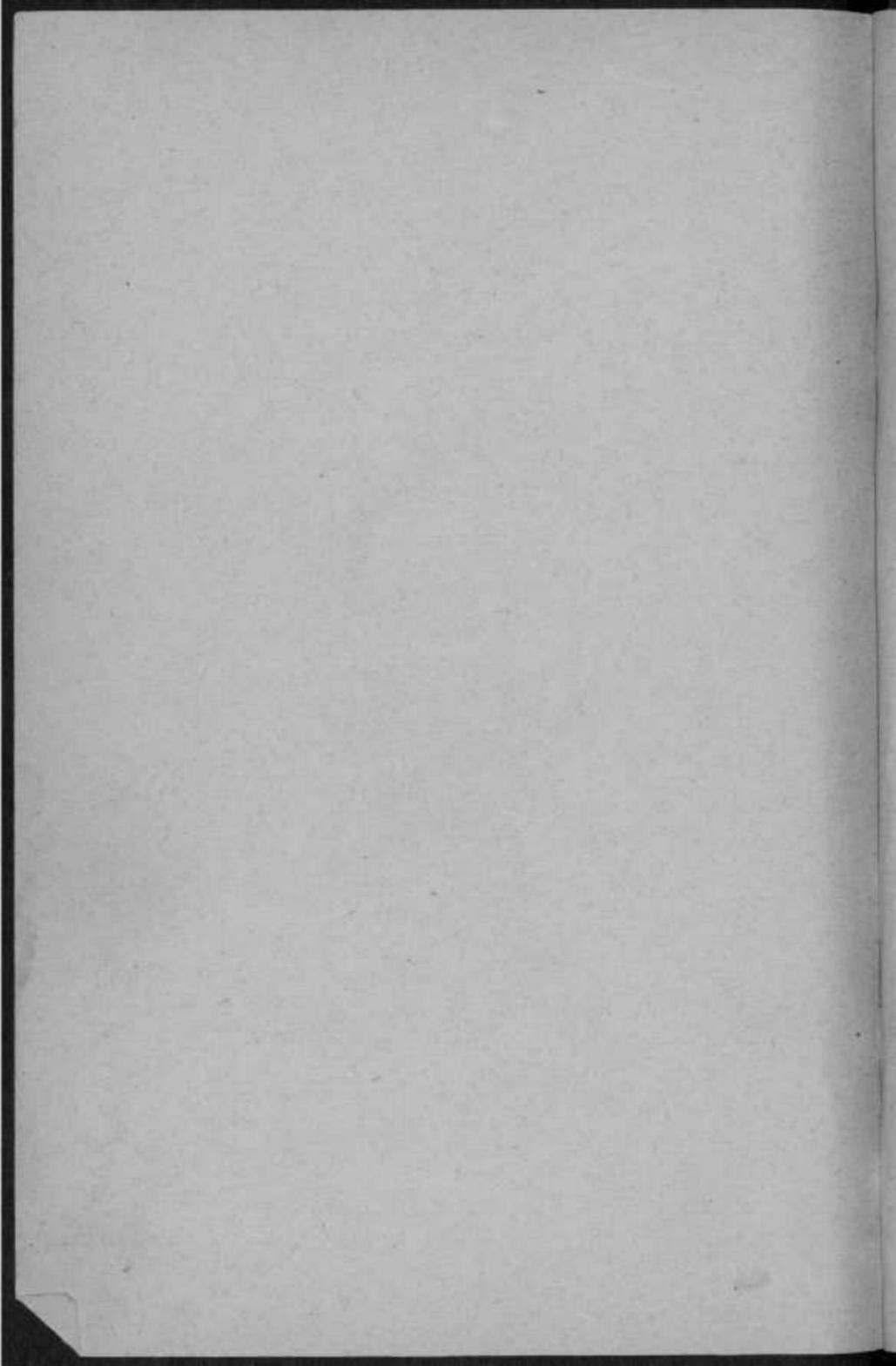
<u>Poesías.</u>	<u>Páginas.</u>
VIII.—La educación doméstica.	144
IX.—Epitafios.	144
X.—¡Napoleón!	146
XI.—La limosna.	147
XII.—Espacio y tiempo.	148
XIII.—El reloj de la vida.	149
XIV.—Fuerza moral.	150
XV.—La corrección.	151
XVI.—Prueba de la amistad.	151
XVII.—Analogías.	152
XVIII.—Sembrad el bien.	153
XIX.—El huerfanito.	154
XX.—¡Es tu hermano!	155
XXI.—Mariposas y flores.	156
XXII.—Nuestra patria.	157
XXIII.—Caminos opuestos.	160
XXIV.—La lucha de la vida.	160
XXV.—La mayor nobleza.	161
XXVI.—La ley del trabajo.	161
XXVII.—El peso de la culpa.	162
XXVIII.—Viejos y niños.	162

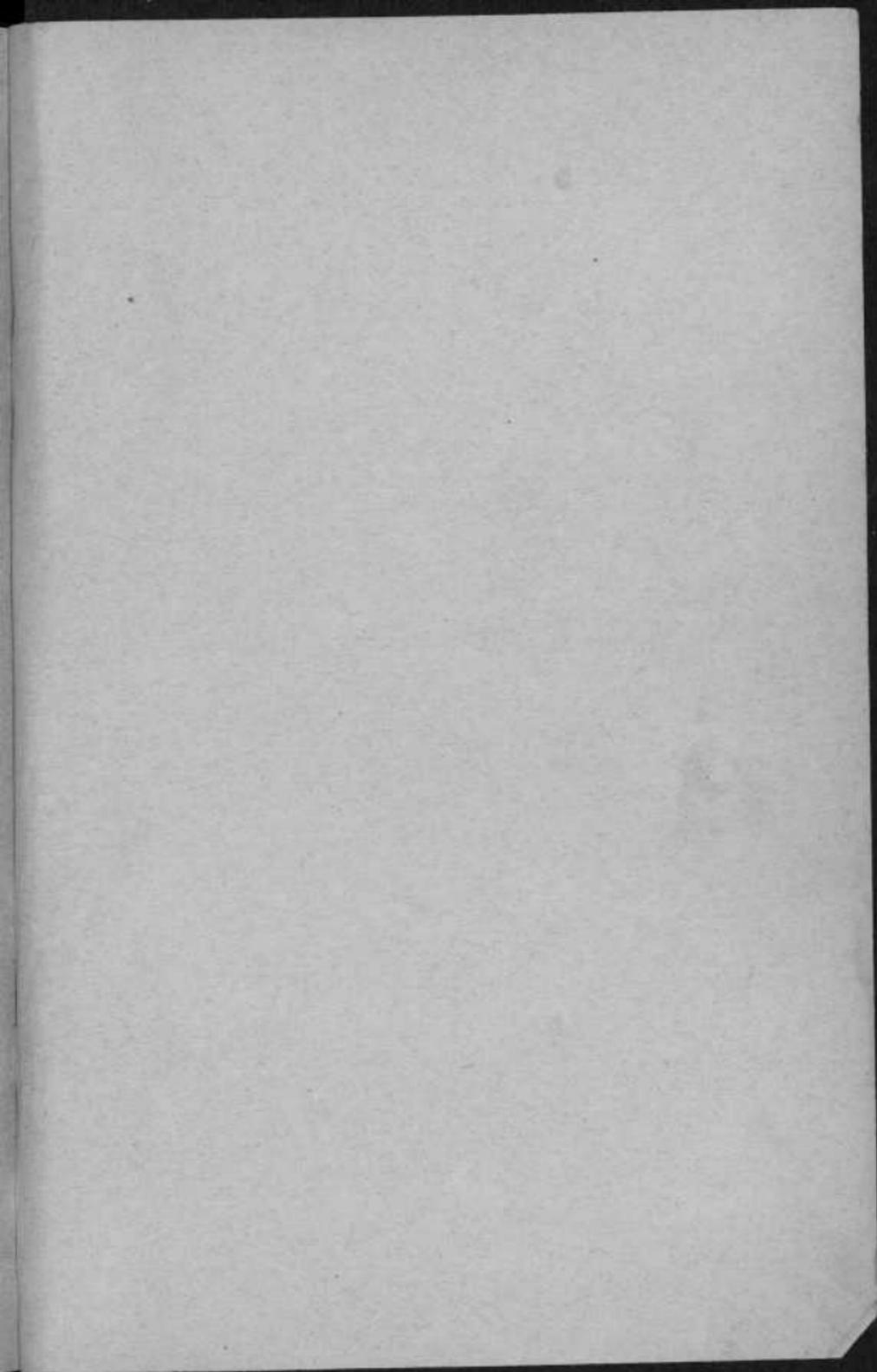
LIBRO IV.—POESÍAS RELIGIOSAS.

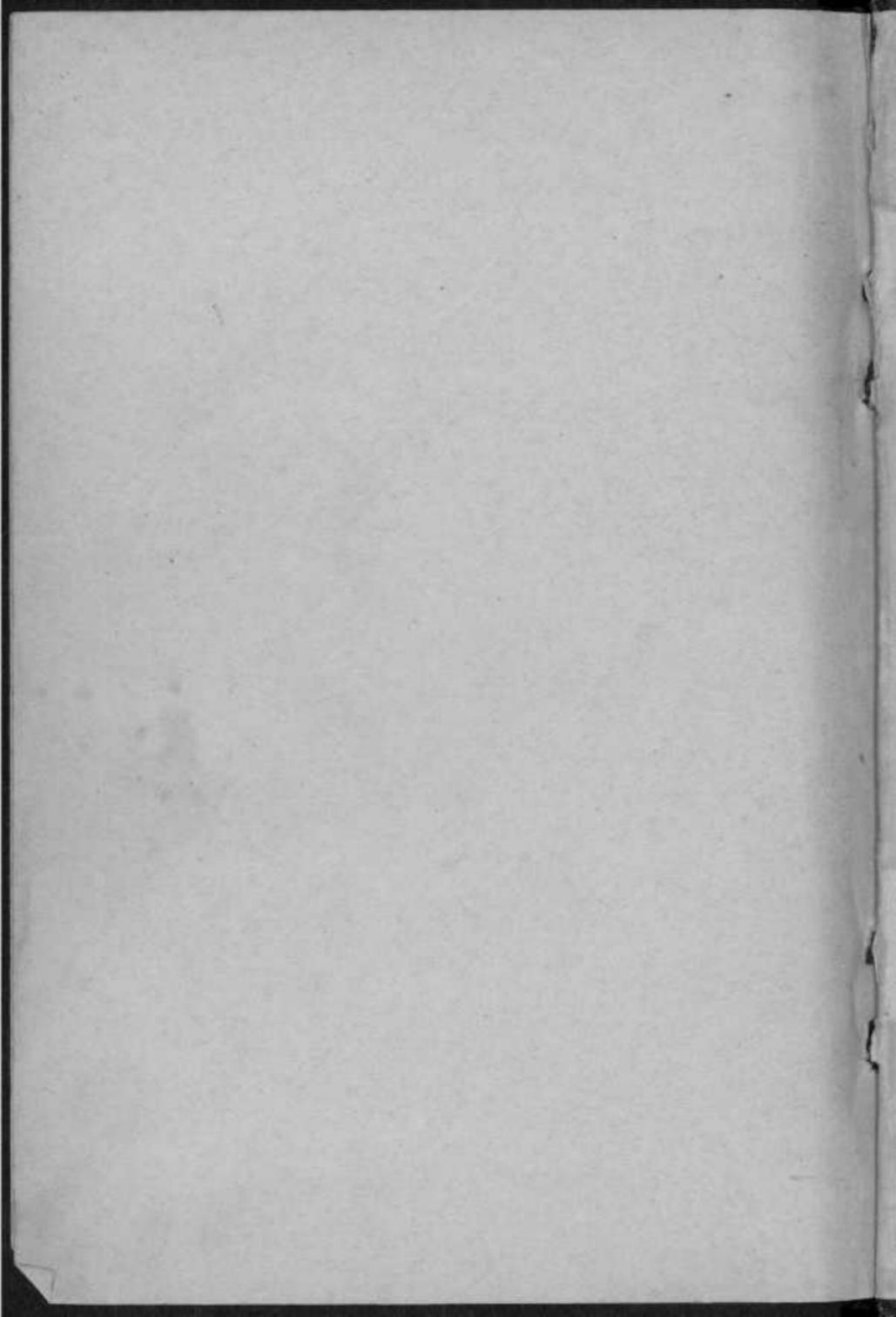
I.—La violeta.	163
II.—El libro de la vida.	165
III.—Hay más allá.	166
IV.—¡Misericordia!.	167
V.—El fuego sagrado.	167

Poesías.	Páginas.
VI.—¡Quién sabe!.	169
VII.—Sancho al Cielo.	170
VIII.—El despertar.	171
IX.—El aplauso del mundano	171
X.—Los desterrados.	172
XI.—¡Justicia!.	172
XII.—Dolencias del alma.	173
XIII.—¡Prodigio!.	174
XIV.—El buen Pastor.	174
XV.—¡Creencia sublime!.	175
XVI.—Jesús es Dios.	176
XVII.—La cadena de oro.	177
XVIII.—¿Dónde está el mal?.	177
XIX.—Frutos engañosos.	178
XX.—Medido está tu tiempo.	178
XXI.—Los premios eternos.	179
XXII.—Militia est vita.	179
XXIII.—¡Hasta luego!.	180
XXIV.—Razón sin Fé.	180
XXV.—La Fé.	182
XXVI.—La Esperanza.	182
XXVII.—La Caridad.	183
XXVIII.—El buen pagador.	184
XXIV.—Problema.	185
XXX.—Vida sin fin.	185
XXXI.—La mejor compañía.	186
XXXII.—El Divino Maestro.	187

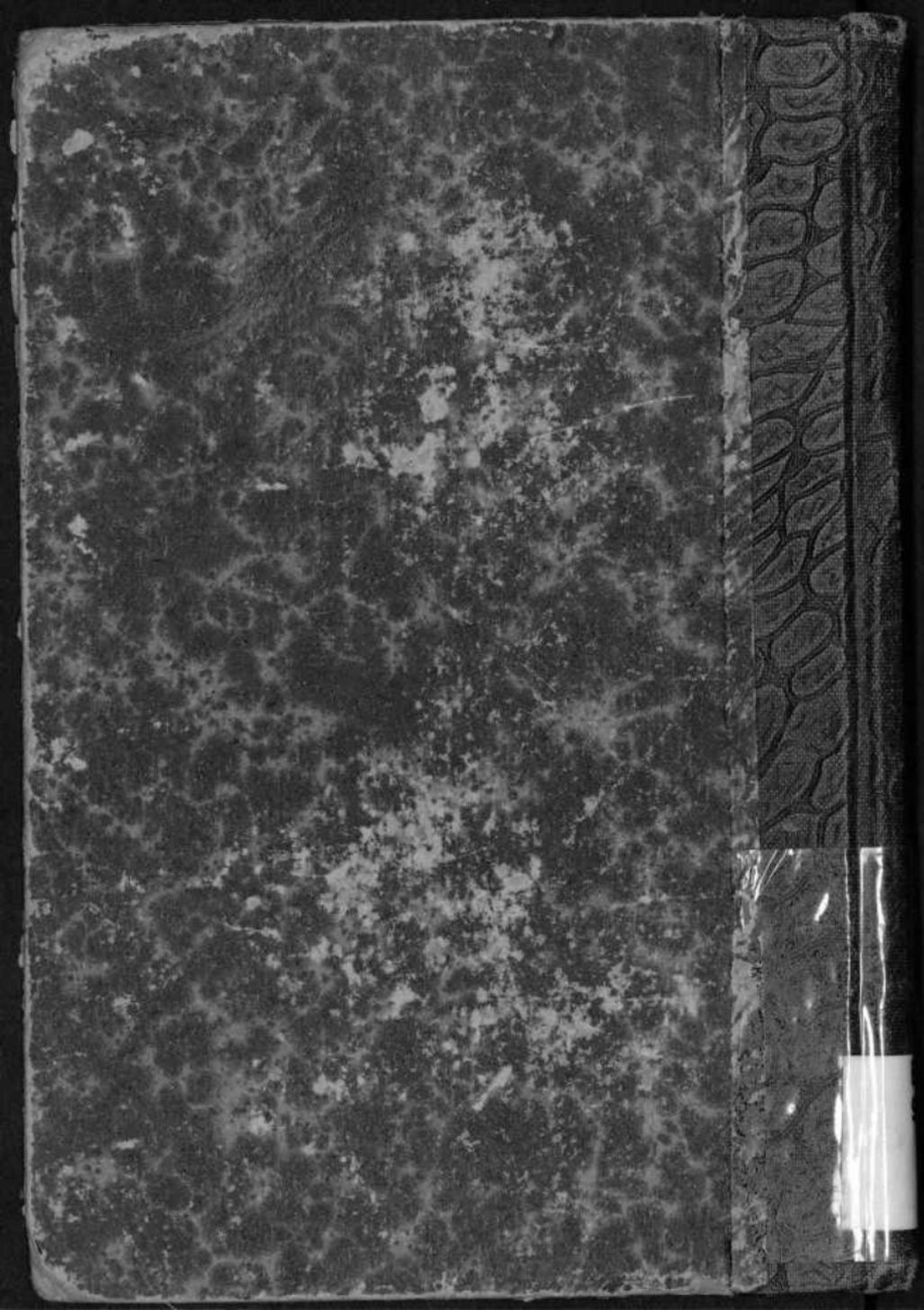








R



EU
9761